héroes del ESPACIO

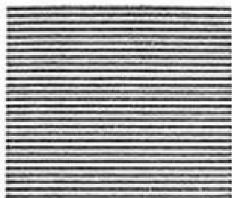
NOVELAS ECSA

LOS CAZADORES

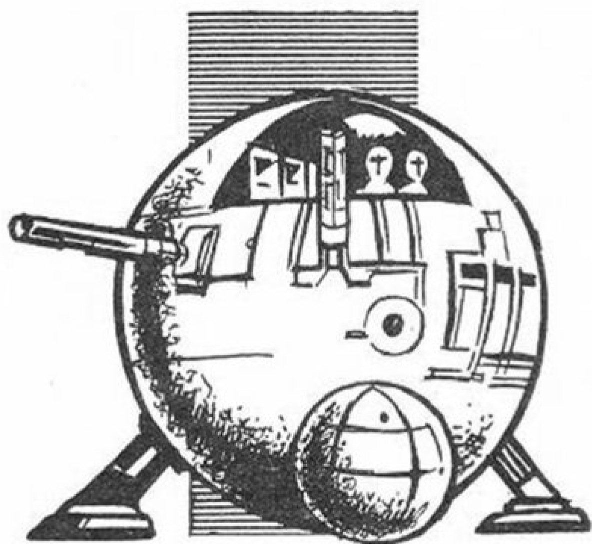
BURTON HARE



SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO



ECSA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1.— *Investigación 4.000* — Clark Carrados
2.— *Un mundo muerto* — Burton Haré
3.— *Galaxia mortal* — Curtís Garland
4.— *Los cazadores* — Burton Haré
5.— *Sangre terrícola en el Planeta 4* — Ralph Barby

BURTON HARE

LOS CAZADORES

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.°4
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (6)
ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 8.541 — 1980
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: mayo, 1980

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 6
Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1980

CAPÍTULO PRIMERO

Era un mundo verde, lujurioso y primitivo, envuelto por el resplandor azulado de la noche. Ligeros montes, cubiertos de una espesa vegetación, rompían la monotonía de un paisaje llano como el mar.

Un calor sofocante anunciaba el alba, y luego, cuando el sol llamado Bruam se levantó, sus radiaciones doradas dibujaron los rebordes verdes del planeta y aumentaron su temperatura hasta grados insoportables.

El color de ese mundo, verde azulado, era tan intenso como el del océano, tan vivo que parecía convertirse en llamas y en brasas que cambiaran de color con la temperatura. Era un amanecer como otros millones de amaneceres que a lo largo del tiempo se habían sucedido, fertilizando la vida vegetal y propiciando la evolución de sus seres superiores.

Las nubes se incendiaron con la luz de la mañana, arremolinándose en lentas espirales, flotando sobre los bosques, los ríos y los llanos cual un manto perezoso que se extendiera protegiendo la vida.

Sólo que en ese amanecer había algo distinto, algo que nunca había sucedido antes.

Más allá del horizonte azulado, una masa gris flotaba en la inmensidad del espacio, una astronave gigantesca surgida del pozo insondable de las tinieblas.

Estaba inmóvil a una distancia de miles de *trenks*, como al acecho, igual que si en esa noche extraña una estrella se hubiese solidificado cayendo a tan corta distancia del planeta que diera la sensación de que podía tocarse con la mano.

Para las aves chillonas de los bosques vírgenes no significó nada.

Tampoco para las vidas cambiantes de la salvaje vegetación. Pero cuando los ojos asombrados de los seres superiores la descubrieron, significó un misterio insoluble, algo que rompía por completo el ciclo de la vida evolutiva que les animaba.

Estuvieron mucho tiempo admirando el fenómeno, aquella inmensa mole que según sus cálculos debía medir centenares y centenares de *trenks*, y que flotaba en la hasta entonces desierta inmensidad del firmamento.

Después, y no menos asombrados, vieron desgajarse de la astronave unas pequeñas naves circulares que volaron con la velocidad del relámpago hacia su mundo. Seis cuerpos sólidos y grises aproximándose a velocidad de vértigo, silenciosos como la muerte.

Los seres superiores no se asustaron al principio. Más bien contemplaban todo aquello como otro misterio de la naturaleza cambiante en que les había tocado vivir. Su propia evolución era un continuo misterio, una fuente de nuevas experiencias vividas cada día y cada larga noche, así que sintieron una profunda curiosidad por lo que estaba sucediendo allá arriba del espacio.

Las naves circulares detuvieron su descenso sobre el llano y permanecieron inmóviles largo tiempo, como observando el mundo que se extendía bajo ellas. Después, una descendió suavemente, sin un rumor, y acabó posándose con cautela sobre la espesa capa de rala vegetación.

Desde las lindes del bosque, los seres superiores la observaron intrigados. En la nave se abrió una escotilla pero nadie asomó por ella.

Los curiosos dueños del planeta se decidieron a investigar de más cerca. Algunos dejaron la protección del bosque para avanzar con cortos pasos resueltos hacia aquella «cosa» venida de las estrellas. Esos seres superiores eran de corta estatura y su piel era rugosa y dura para soportar el calor del verano y el frío del invierno. Tenían grandes manos y pies pequeños y se movían con agilidad sobre las cortas piernas. En unos minutos habían rodeado la nave y se quedaron silenciosos, esforzándose por comprender qué era y qué significaba aquella presencia extraña.

De pronto, por la escotilla, surgió un ser esbelto, alto y ágil. Todos sus miembros eran proporcionados a su estatura y su cuerpo

transparente semejaba de cristal. Ríos de sangre azulada corrían por unas arterias visibles, bombeada incesantemente por dos pequeños corazones cuyo palpitar era casi audible.

La presencia del *extraño* hizo que los seres superiores retrocedieran, asustados. Sonidos guturales brotaron de sus gargantas, y los que estaban en el bosque salieron con intención de auxiliar a sus hermanos si era necesario.

El *extraño* flotó de la nave al suelo. Habló con voz seca, firme, pero no le entendieron y siguieron retrocediendo.

Otro ser igual asomó por la escotilla. Habló a su compañero y éste le replicó con voz airada. Luego, el *extraño* se puso rígido y ante los ojos incrédulos de los habitantes del planeta se produjo una asombrosa metamorfosis. El ser transparente se solidificó, perdió estatura, como diluyéndose en el espacio que le envolvía, y poco a poco adoptó su propia estructura, quedó convertido en uno de ellos.

No podían creerlo, y en lugar de perder el temor se alejaron más porque eran incapaces de asimilar aquel milagro.

Entonces, el *extraño*, que ya no lo era, habló intentando comunicarse. Lo consiguió tras unos breves intentos. Había asimilado incluso su rudimentario lenguaje.

—No temáis — dijo—. Nosotros queremos ayudaros.

Hizo señas a los más próximos para que se acercaran. Dos o tres se atrevieron a hacerlo hasta una distancia prudencial. El extraño señaló la nave.

—Queremos que veáis nuestra máquina. Venid.

Le siguieron hechizados. Era un ser amable, nada amenazador. Dos de los seres superiores del planeta se dejaron conducir al interior y contemplaron el complejo panel de instrumentos que el otro les mostraba, dándoles someras explicaciones que no comprendieron.

El segundo *extraño* permanecía apartado, sin intervenir. Les invitaron a sentarse en unos insólitos cubículos que se adaptaron a sus cuerpos, y al instante dejaron de tener consciencia de sí mismos.

El *extraño* que se había metamorfoseado gruñó:

—Examínalos. Date prisa.

El otro manipuló unos controles. Líneas de luz saltaron de los asientos a una pantalla. El dijo:

—No son nada inteligentes.

—Pero tienen manos...

—Habrá que enseñarles todo. Adiestrarlos como animales inferiores.

—¿Y su resistencia?

Hizo otras comprobaciones y mostró su disgusto con una despectiva exclamación.

—Demasiados sólidos. Morirán en escaso tiempo. Esa piel absorberá excesiva radiación y la almacenará en lugar de eliminarla.

—Pero pueden trabajar algún tiempo. ¡Es preciso que lo hagan, tú lo sabes!

—Sólo por esa urgencia habrá que llevarlos, tantos como sea posible capturar. Pero no queda otra solución que continuar explorando, buscando otros mundos en que haya vida inteligente.

—¿Cuántos crees que habrá?

—No lo sé, ni importa, cuantos más mejor. Ya puedes librar a éstos.

Los dos seres superiores parecieron despertar bruscamente. Se levantaron, mirándose. No les habían hecho el menor daño y eso les hizo cobrar confianza en los *extraños.*

Uno de éstos hablaba a través de una pantalla. Allá en la lejanía la inmensa astronave empezó a descender, majestuosa, tan en silencio como lo hicieran las otras más pequeñas.

Los *extraños* hicieron salir a los seres del planeta. Luego, a través del visor, uno habló con la nave-nodriza explicando las poco satisfactorias condiciones de aquellos rudimentarios seres.

—Habrá que llevar tantos como quepan en los almacenes. Pero no podrán ser utilizados mucho tiempo.

En el visor surgió otro rostro transparente. Un gran cerebro gris llenaba por completo el cráneo. Este dijo:

—Los llevaremos. Espero que duren lo suficiente para encontrar otros más perfectos que puedan garantizar el trabajo en toda una generación. Las máquinas exploradoras quedarán autónomas durante nuestro viaje de regreso y ojalá alguna encuentre seres desarrollados, cuya inteligencia les permita trabajar de modo eficiente y cuyo cuerpo admita el antiorium...

La inmensa astronave arrasó el bosque al posarse sobre el planeta. Y entonces, empezó la implacable caza de seres destinados

a la esclavitud, el dolor y la muerte.

CAPÍTULO II

Durante su interminable viaje de regreso a la estrella Groomgold, la inmensa astronave siguió enviando a los pequeños exploradores a fugaces expediciones de reconocimiento y exploración.

Hallaron mundos primitivos sin el menor signo de vida, demasiado tórridos unos, o excesivamente helados otros, casi de la temperatura del helio líquido. A cada fracaso, la preocupación de los groomgolianos crecía más y más porque era imperativo conseguir cuanto antes seres con los que mantener activo su propio mundo perdido en la profundidad insondable del espacio.

Ya desesperaban, cuando una de las naves exploradoras dio el aviso de haber descubierto otro planeta con cierta clase de vegetación amarillenta, susceptible de contener alguna clase de vida.

Con los almacenes repletos de esclavos, la astronave paró sus motores accionados por el antiorium y se quedó flotando, inmóvil, mientras cuatro pequeñas exploradoras se desprendían de ella para ayudar a la descubridora.

El mundo descubierto era pequeño y polvoriento. Buena parte de él estaba cubierto por una vegetación intrincada de un color amarillento, y la más corpulenta, que alcanzaba grandes alturas, tenía un tono ocre oscuro.

Las naves se posaron en la corteza del pequeño planeta y sus tripulantes descendieron, reconociendo primero las muestras de vegetación que tenían más próximas.

Desde luego, eran plantas vivas, sanas y fuertes. Sin ninguna duda debían existir otras formas de vida susceptibles de ser utilizadas.

Los tripulantes celebraron un breve consejo, y luego volvieron a sus naves para sobrevolar a baja altura todo aquel mundo, cada nave con distinto rumbo a fin de cubrir el mayor terreno posible en breve tiempo.

Khan tenía a su cargo los visores de su nave exploradora. Khan era muy joven en Groomgold, apenas había rebasado los cinco ciclos, pero también era ambicioso y aspiraba a los más altos puestos.

Su compañero, el gobernante de la nave, de más edad y por consiguiente más juicioso, aunque menos inteligente, dijo de pronto:

—Espero eme esto no dure demasiado tiempo, Khan.

—¿Por qué?

—Por la energía. Apenas quedaban seres inferiores trabajando cuando salimos de Groomgold, seres tan primitivos que se enzarzaban en peleas entre ellos tan a menudo que se diezmaban hasta el punto de retrasar la extracción. Entre eso y su eliminación natural, ahora apenas deben quedar los imprescindibles para mantener alimentada la energía.

—Llevamos un buen cargamento...

—Pero de breve duración también. ¿Viste sus pieles?

—Sí... ¡Eh, Kronix, ya los tengo!

—¿Dónde? Kronix exclamó:

—¡Parecen fuertes...! Y más inteligentes que los que llevamos.

Al instante sonó un bronco estampido y un proyectil se estrelló contra la coraza de la nave, Khan gruñó:

—Agresivos... eso es bueno para el trabajo.

Se instaló delante de un visor redondo y mediante el control interior hizo que el ojo implacable de su arma recorriera las lindes del bosque, al tiempo que Kronix comunicaba a la nave nodriza su hallazgo.

Otro pesado proyectil retumbó contra la nave sin otro resultado que una risita de Khan.

—Allí están — murmuró—. Les daré un escarmiento...

Kronix le observó sin expresión. Khan era joven. Aún podía excitarse con esos combates de castigo. Vio latir más rápidamente sus dos corazones. La sangre azulada circulaba veloz por sus arterias y todo el complicado filamento de venillas secundarias se

tensaban mostrando la excitación del cuerpo transparente.

—¡Ahora!—exclamó Khan de pronto.

Apretó el disparador. Un relámpago brillante partió de la nave y arrasó el bosque a su paso, abrasando a los seres verdosos, que caían fulminados sin posibilidad de defensa. Los troncos de la vegetación parecían arder un instante, y luego sus moléculas estallaban silenciosamente y toda la estructura corpórea se esfumaba como si jamás hubiera existido.

Kronix dijo, irritado:

—¡Ya basta. Khan!

—¡Tienen que aprender quién es el más fuerte!

—¡Ya basta!

La rotunda orden le hizo girar la cabeza. Miró a su compañero y luego asintió:

—Tienes razón — dijo—. Si los eliminamos no podremos capturarlos...

Las otras naves llegaban raudas, y allá en lo alto la inmensa astronave maniobraba para descender y embarcar las nuevas piezas de esta cacería implacable.

No les importaba matar. La vida y la muerte carecían de significado cuando eran fenómenos aplicados a sus víctimas. Únicamente importaban en función del número de esclavos que la muerte impedía capturar. Tampoco odiaban a sus víctimas. Ni las amaban, por supuesto. No había lugar para ninguna clase de sentimiento. Eran necesarios para la subsistencia de la estrella Groomgold y eso era todo.

Pero sí les importaba morir, porque no eran muy numerosos, y cada groomgoliano muerto era un inmenso espacio de tiempo perdido y no reemplazable en las actuales circunstancias.

Y algunos murieron en esta expedición. Los agresivos dueños de ese mundo amarillento no se rindieron sin pelear, y a pesar de la desigualdad de sus medios de lucha, primitivos y muy poco efectivos, sobre todo comparados con las armas terriblemente sofisticadas de sus adversarios, hicieron estragos entre los endiosados cazadores.

Sin embargo, eso no evitó que un gran número de ellos fueran a llenar, hasta rebosar, los ya repletos almacenes de la astronave, en la que se celebró una suerte de consejo de guerra antes de reanudar

el viaje hacia su lejano mundo.

El gobernante primero de la inmensa astronave dijo:

—Hemos descubierto una potente fuente de calor en una dirección que hasta ahora no ha sido explorada. Es posible que esa fuente de calor haya engendrado alguna clase de vida inteligente en su área de radiación. No podemos desviarnos de nuestra ruta ahora porque tenemos los almacenes repletos, y porque nos faltaría energía para la última etapa de nuestro regreso...

Algunos asintieron, pero él prosiguió:

—Dos exploradores quedarán a cargo de esta zona. Habrán de valerse por sí mismos hasta que nosotros podamos regresar para suministrarles más energía, y cargar los seres que hayan descubierto... si los encuentran, naturalmente.

Khan se levantó:

—Deseo formar parte de esta misión, gobernante.

—Muy bien, tú y Kronix en un explorador. Tau y Koomz en el otro.

Los cuatro elegidos se levantaron para recibir las últimas instrucciones.

Recibieron las últimas órdenes en silencio. Luego, el gobernante primero dijo como despedida:

Ignoro el tiempo que tardaremos en reunimos con vosotros, de modo que debéis ahorrar toda la energía posible para aguardar. Explorad lugares distintos en el espacio, cuanto más distantes entre sí mejor.. Buena suerte.

Tomaron nota de la situación de aquella lejana estrella que era fuente de calor y partieron, cada tripulación en su veloz nave exploradora, mientras la inmensa y repleta astronave gigante reemprendía el rumbo hacia su propio mundo, donde los esclavos serían inmolados en un trabajo que no tenía otro fin que la muerte.

CAPITULO III

Khan exclamó, entusiasmado:

—¡Forzosamente debe haber vida en esta galaxia, Kronix!

Este, sentado a los mandos de la nave, ladeó la cabeza.

—¿Lo dices por esa fuente de calor?

—De calor y de energía. Es una de las más poderosas que he visto nunca.

—Comunica con Tau. Quizás ellos hayan descubierto algún planeta.

—¡Mira!

El grito del joven hizo volverse en redondo a Kronix.

Vio en la pantalla una nebulosa rojiza, imprecisa aún a causa de la distancia. Khan ajustó unos controles, realizó unos cálculos y exclamó:

—¡Podemos alcanzarla con la energía que nos queda!

—Pero no tendremos ni una oportunidad de salir de ese planeta, o lo que sea, una vez llegados allí.

—Debemos esperar la vuelta del cargo, así que tanto da quedarnos en el espacio como en esa estrella.

—No es una estrella.

—Lo que sea, no me importa si encontramos seres capaces de ser utilizados.

Kronix desvió ligeramente el rumbo. Poco después apareció un mundo rojizo y desolado. Tras unos cálculos, Khan dijo:

—Si hay seres vivos, con esa temperatura estarán habituados a una radiación muy fuerte. Nos servirán, Kronix, estoy seguro.

—Comunica con el otro explorador.

Tau lo intentó varias veces sin resultado. Empezó a preocuparse ante aquel silencio. Entretanto, la distancia que le separaba del

planeta rojo disminuía a velocidad de vértigo.

Kronix comentó:

—No entiendo... ¿Por qué no responden? Tienen que estar a nuestro alcance a menos que hayan consumido toda su energía...

—No pueden cometer ese error... ¡Ah, aquí están! La cara transparente de Tau apareció en la pantalla de pronto. Sin la menor expresión informó:

—Tenemos un planeta en nuestro visor. Posee una poderosa gravitación y es probable que en él exista algún género de vida. Vamos a explorarlo.

—¿Es rojizo?

—No. Es azul.

—Por un momento temí que los dos nos estuviéramos refiriendo al mismo... Nosotros exploraremos el nuestro, pero habremos de quedarnos allí hasta renovar energía. La estamos agotando.

Tau asintió y luego dijo, a través del visor:

—Aquí no necesitamos ninguna energía... la gravitación de ese planeta nos conduce como si nos llevaran de la mano... es asombroso...

—Comunícate con nosotros cuando lo hayas reconocido, para tener sus coordenadas. Informaremos al cargo tan pronto regrese, aunque no sé cuándo lo hará...

Cortó la comunicación para ahorrar su preciosa energía. El mundo rojo que tenían delante se mostraba ahora inmenso, y tan desolado como les pareciera al principio.

Kronix redobló la atención y descendieron suavemente sobre aquella inmensa desolación roja.

* * *

Tau contempló una vez más el planeta azul que se reflejaba en su visor. El gobernante llamado Koomz dijo:

—No me gusta el modo como navegamos... cada vez más rápido. Es una fuerza de atracción demasiado poderosa.

—Contrástala con los motores.

—Demasiada energía para gastarla antes de tiempo... Esperaré.

Tau se recostó en el asiento y se desentendió de la navegación. El planeta azul que tenía en la pantalla era un espectáculo fascinante. Había zonas cubiertas por nubes blancas y grises y todo ello formaba un escenario de infinita belleza, aunque para ellos

significara tan sólo un fértil campo de caza.

Repentinamente, la nave retembló como si chocara con un muro. Koomz exclamó, alarmado:

—¡Atención, Tau!

—¿Qué ocurre?

—No lo sé... entramos en otra clase de atmósfera mucho más densa, supongo... y vamos a demasiada velocidad...

La nave se ladeó peligrosamente, saltó hacia arriba y luego, en una extraña zambullida, cayó a velocidad de vértigo hacia aquel mundo azul que ahora se mostraba enorme y peligroso.

Sonaron amenazadores crujidos en la estructura del metal. Koomz luchaba con los controles tratando de estabilizar el meteórico vuelo.

Tau gritó:

—¡Los motores, Koomz, los motores de frenado! Koomz lo intentó. Los motores no respondieron, no dieron la menor señal de vida.

Tau saltó de su asiento anatómico para ayudarle.

—¡Utiliza la energía de emergencia... «toda» la energía, Koomz, o estamos perdidos!

—¡Espera...!

Logró que la nave dejara de dar tumbos para volver a su posición de vuelo, pero eso no frenó en absoluto la vertiginosa caída hacia el planeta azul, ahora riso en la pantalla a la que ninguno de los dos prestaba atención.

Obrando por su cuenta, Tau se lanzó hacia un pequero panel con los mandos de emergencia. Manipuló en dios con gestos precisos mientras Koomz le observaba se dedicarse a impedirle que pusiera en marcha su última reserva de energía.

La nave se estremeció cuando el poderoso motor se puso en marcha. Koomz luchó con los mandos y la velocidad se redujo un poco, no lo suficiente para sentirse satisfecho, pero lo bastante para hacerles concebir esperanzas.

Varió el rumbo tratando de escapar de aquella potente atracción que les precipitaba sobre el planeta azul. Tau exclamó:

—¡Ahora lo consigues, Koomz!

—No del todo...

El vuelo seguía siendo tan veloz como antes, pero ya no era una

simple caída, sino que de nuevo tenía en su poder el control de la nave.

—Continuamos descendiendo con demasiada velocidad— comentó disgustado—, pero por lo menos ahora soy yo quien lleva los controles, y no esa fuerza maldita...

Tau se había desentendido de él, porque el espectáculo que contemplaba en el visor era algo de una increíble belleza y fertilidad. Por un claro entre la espesa capa de nubes veía un mar inmenso, y un continente cubierto de vegetación verde azulada. Altísimos montes destacaban en medio de la vegetación.

—¡Tiene que haber vida! — dijo—. Seres desarrollados, no me cabe duda.

Koomz verificó unos cálculos. Ahora descendían volando en un amplio círculo y volvía a ser dueño de la nave.

El paisaje verde y fértil desapareció del visor y durante un tiempo sólo quedaron las nubes y el mar, de un azul fantástico. Luego, otra vez la corteza para ellos extraña surgió, con extensas manchas verdes, y otras ocres o grises. Tau apenas daba crédito a sus ojos.

Koomz, preocupado únicamente por la energía que estaban gastando a chorros, cerró el motor y comprobó que la nave continuaba su rumbo sin alteración alguna esta vez. Pensó que era debido a la extrema densidad de esa atmósfera y decidió continuar así hasta el último momento, cuando fuera preciso frenar para posarse en el planeta que despertaba sus esperanzas como ningún otro antes las despertara.

Se acercaban a las nubes, y de repente el mundo azul que les atraía desapareció del visor y sólo quedó aquella masa blanca y gris en la que se sumergieron como un relámpago.

Luego, cuando de nuevo el planeta apareció, estaba tan próximo que ambos estuvieron a punto de dar un brinco. Tau lanzó un grito de advertencia mientras Koomz volvía a luchar con el encendido del motor de frenado.

Ya no distinguían los confines del planeta, sólo una inmensa extensión amarillenta sobre la que se precipitaban sin posibilidad alguna de variar de rumbo.

Al fin, el motor hizo estremecer toda la estructura al ponerse en marcha. Koomz le dio la máxima potencia y el propio motor

desarrolló energía suficiente para encender los otros cuatro, más pequeños, pero imprescindibles para convertir la mortal caída en descenso controlado.

Sin embargo, la velocidad era excesiva, o quizá Koomz había esperado demasiado tiempo. Los dos seres de Groomgold se miraron sin decir una palabra.

Ambos supieron que ése era el último vuelo de sus vidas.

CAPITULO IV

Dan Lorens arrojó el pincel a un lado y soltó una maldición entre dientes. Decididamente no estaba en vena.

Retrocedió unos pasos y dio un vistazo global al gran cuadro de colores cálidos y formas abstractas en el que había puesto todo su entusiasmo.

Dejó la paleta en la mesa y encendió un cigarrillo.

Por la inmensa cristalera que corría a lo largo de toda una pared entraban los rayos del sol poniente, esquinados, creando caprichosos juegos de luz entre los caóticos objetos que decoraban el estudio. Decidió que por ese día el cuadro habría de seguir esperando.

Le dio la espalda y se encaminó a la puerta. Por el camino arrojó la camisa manchada de pintura a un lado y quedó con el torso desnudo.

Atravesó un amplio salón y salió a una terraza. Toda la balaustrada estaba oculta por flores tropicales que absorbían los últimos rayos de sol.

Tendida sobre un colchón neumático, Theda ladeó la rubia cabeza y sus ojos azules y profundos le miraron, interrogantes.

El la recorrió con la mirada. Estaba tan desnuda como el día que vino al mundo, sólo que desde entonces había crecido no poco y sus pechos se mostraban altivos y agresivos, coronados por las rosas de coral de los pezones. Tenía unos muslos prietos, duros, precioso marco para el oscuro triángulo del pubis.

La muchacha hizo una mueca.

—Me miras como si fuera la primera vez que me ves desnuda... ¿Qué te pasa? Estás tenso, querido.

—La maldita pintura... Te ves bien así, con ese sol rojizo sobre

tu piel.

—¿De veras?

—Lo sabes mejor que yo — suspiró Dan—. No acabo de comprender qué hay en ti de extraño que escapa a mi comprensión. Te he pintado desnuda cien veces, en cien posturas diferentes, y jamás logré captar todo ese hechizo que se desprende de tu cuerpo. O soy un pintor infame, o tú eres un misterio insoluble.

—Si te quitas la ropa y vienes aquí quizás consigas descubrir los secretos de ese misterio — dijo ella, riendo.

El se despojó de lo poco que llevaba encima y fue a tenderse al lado de Theda. Deslizó los dedos por su muslo y suspiró.

—Tuve una suerte loca el día que te conocí.

Ella se incorporó sobre un codo. Notaba el cansancio de él, aquel agotamiento que le provocaban las dificultades de su trabajo, y se propuso relajarlo del único modo que estaba a su alcance.

Poco a poco se inclinó sobre él. Su boca se abrió como si quisiera absorberla entera con el beso y un instante después estaban abrazados, amándose como locos bajo la luz del sol que moría a regañadientes, como si se resistiera a perder ese dulce espectáculo del amor.

En todo lo que alcanzaba la vista se extendía el desierto, hasta más allá de las lomas cubiertas de una vegetación rala y polvorienta. Ambos tenían la sensación de ser los únicos habitantes de ese mundo desolado y vital a un tiempo que les envolvía con su implacable soledad.

La muchacha lanzó un grito de pronto, y su cuerpo se convirtió en un fluido vital que se derramaba en oleadas contra ese otro cuerpo duro que se estremecía contra ella. Luego, con la relajación y un largo quejido de plenitud, quedaron inmóviles, aún abrazados, sin hablar, escuchando el silencio del desierto.

Sólo que no era un silencio total y absoluto como siempre había sido. Se oía un lejano zumbido, algo muy raro que se aproximaba cada vez más.

Theda susurró perezosamente:

—¿Qué es eso, Dan?

—No sé, algún avión, quizá.

—No pasa ninguna ruta por aquí...

El zumbido crecía y de repente se convirtió en un lejano y

potente aullido. Ambos dieron un salto, separándose y levantando la mirada hacia el cielo.

Primero vieron un punto oscuro que crecía por instantes, rodeado por un resplandor rojizo. Dejaba tras sí una densa nube de vapor. Theda se agarró a la mano de Dan de un modo instintivo.

—¡Dan!—jadeó—. ¡No es un avión!

—No lo era.

Vieron su estructura redonda. Parecía de un metal gris pero incandescente, casi al rojo vivo a causa del roce con la atmósfera a gran velocidad. El humo que parecía desprender no era más que el vapor de la atmósfera al contacto con su infernal temperatura.

Dan exclamó:

—¡Un Platillo Volante! ¿Te das cuenta?

El aullido del aparato apagó su voz. Pasó sobre sus cabezas a una velocidad endemoniada, paralelo al suelo como si luchara por mantenerse en el aire.

—¡No podrá aterrizar a esa velocidad! —chilló Theda.

No pudo, desde luego. Le vieron a lo lejos rozar un instante la dura superficie del desierto y volver a saltar hacia arriba. Dio una vuelta completa sobre sí mismo y pegó de costado contra una duna de arena. La polvareda lo ocultó unos instantes y luego, de nuevo plano, como si pudiera seguir volando, surgió de la nube de polvo y arena y fue a caer con un terrorífico impacto quinientos metros más allá.

Para entonces, Dan estaba enfundándose los pantalones, se calzó los mocasines y saltando por encima de la balaustrada echó a correr.

Theda le increpó mientras buscaba a su alrededor algo que ponerse. Encontró la braguita del bikini y no se entretuvo en buscar el resto.

Se alzaba una densa polvareda allí donde había caído el extraño objeto. Dan frenó su carrera al llegar a sus inmediaciones, porque entonces descubrió las proporciones de la nave y se le cortó el resuello. Era mucho más grande de lo que imaginara.

Un calor terrible le detuvo mucho antes de llegar junto a la mole de metal. El roce con la atmósfera lo había vuelto incandescente. Pensó que tardaría mucho en enfriarse bajo la cálida temperatura del desierto.

Oyó los pasos de Theda y se volvió para detenerla antes que cometiera ninguna imprudencia.

Sólo que ella estaba demasiado asustada para intentar siquiera aproximarse a la nave.

—¡Dan...!

—Tranquila. Está demasiado caliente para acercarse.

—¿Crees que hay alguien ahí dentro, que está tripulado?

—Cualquiera sabe... aunque si había alguien, ya puedes apostar que ha muerto, entre la temperatura al rojo, y los golpes contra el suelo después.

—¿No te das cuenta? Apenas si está ligeramente abollado por el borde donde golpeó la duna... ¿Qué clase de metal será ese, puedes imaginarlo?

—Ni idea; soy pintor, ¿recuerdas? No ingeniero astronáutico.

—No bromees... ¡Oh, Dios, si había alguien ahí... y no podemos hacer nada por él...!

Dan la rodeó con sus brazos. Notó en sus manos el leve temblor del hermoso cuerpo de la muchacha y susurró:

—No te preocupes tanto, porque si había algún ser vivo allí dentro ahora estará muerto. Pero de todos modos, ¿te has parado a pensar que, si esa nave iba tripulada, no sabes «cómo» o «qué» serán sus tripulantes?

Ella dio un respingo.

—¿Quieres decir...?

—Por supuesto, no es una nave de la Tierra, eso sí que es seguro, así que si llevaba tripulantes quizá fueran esos hombrecillos verdes, con antenas en la cabeza, que pintan en las historietas infantiles.

—¡Dan! —le reprochó Theda.

—Bueno, tranquila, sólo quería animarte.

La estrechó aún más entre sus brazos hasta que ella dejó de temblar. Entonces la apartó suavemente, mirándola. Inclinó la cabeza y besó las cimas de sus senos.

—¿Mejor ahora?

Ella asintió.

Dan aún dijo:

—Si hubiera un tripulante vivo ahí, no me cabe duda que al verte se le levantaría el ánimo...

—¡Dan, maldito seas, deja de bromear! Debemos hacer algo.

—Dime qué. Tan pronto te acerques a ese trasto quedarás tan asada como una chuleta en la barbacoa...

El sol se había ocultado y una creciente oscuridad envolvía el desierto. Fue entonces que advirtieron el ligero resplandor que envolvía la nave. Era como si ésta fuera fosforescente.

—¿Qué hacemos, Dan? Habrá que avisar a las autoridades, llamar a alguien, tal vez a los técnicos de la NASA...

—Hay tiempo para eso. De momento, ese descubrimiento es todo nuestro. Esperaremos a que se enfríe y podamos examinarlo de más cerca.

—Está bien, pero se me ocurre que...

No terminó. Un seco crujido de metal cortó su voz y ambos dieron un brinco.

—¿Qué fue eso, Dan?

El retenía apresada su mano y apretó un poco los dedos por toda respuesta.

Sobre la superficie del aparato, una escotilla estaba abriéndose con evidente dificultad. Crujió de nuevo el metal, y al fin la trampilla se alzó del todo. Ligeras nubes de vapor continuaban desprendiéndose de la ardiente superficie de la nave.

Theda contuvo la respiración.

Dan hubiera dado cualquier cosa por entrar en aquel misterio.

Entonces algo se movió en la escotilla. Algo impreciso al principio, algo que vacilaba. Luego, una cabeza transparente surgió. Pudieron ver el gran cerebro dentro del cráneo semejante a cristal. Luego, aquel ser continuó emergiendo. Todo su cuerpo era igualmente transparente, como una de esas figuras utilizadas en el estudio de la anatomía.

Era alto, magníficamente proporcionado. Vaciló, mirándoles, y luego se derrumbó de bruces sobre la superficie candente de la nave.

Oyeron un grito, y el cuerpo rodó por la inclinada pendiente de metal despidiendo nubes de vapor. Antes de llegar al borde abollado del platillo, aquel ser increíble que se abrasaba pareció estallar y desapareció.

Fue algo visto y no visto. En una fracción de segundo se esfumó en la nada como si jamás hubiera estado allí y sólo quedó la ligera capa de vapor desprendida del metal.

Casi sin voz, Theda jadeó:

—¿Lo viste tú también… o estoy perdiendo la razón?

—Lo vi, tranquilízate.

—¡Pero era transparente!

—Sí.

—Vi su cerebro… y la sangre en sus arterias… y…

—¡Cálmate, vi todo eso! Intentó salir y el metal al rojo le abrasó. Lo que no entiendo es cómo se volatilizó de ese modo.

De pronto, ella se abrazó a su cuello y empezó a llorar. Dan no supo si lloraba en un acceso de histeria, o estaba tan apenada por la extraña muerte del ser que vieran esfumarse que no podía retener el llanto.

Por unos momentos, la agradable sensación de los pechos de Theda estrellándose contra su propio torso le hicieron sentirse bien y relajado. Después la apartó y dijo:

—Mi reino por un cigarrillo.

—¿Qué diablos…?

—No es posible acercarse a ese aparato hasta que se enfríe, así que será mejor volver a casa, vestimos y esperar. Me muero por fumar un cigarrillo.

Ella le miró echando chispas.

—Hay veces, Dan Lorens, en que me gustaría rebanarte el cuello. ¿Eso es todo lo que se te ocurre después de lo que hemos visto?

—Mira, preciosa, no podemos hacer nada aquí. Cuando ese aparato se haya enfriado daremos un vistazo en su interior, pero se me ocurre que si había otros tripulantes ya deben saber lo que le ha pasado a su compañero, de modo que ellos también esperarán. ¿Te sientes con ánimos de darles la bienvenida así, tal como estás?

Ella se miró de arriba abajo. Sonrió.

—No me parece que me vea tan mal — dijo.

—Ahora empiezas a reaccionar. Esperaremos aquí si es eso lo que quieres.

Theda lo pensó un poco. Sacudió la cabeza y gruñó:

—Tú ganas, puritano del demonio. Vamos a vestirnos.

Regresaron a la casa y se vistieron apresuradamente. Dan encendió un cigarrillo, y se tomó tiempo para engullir un buen trago de whisky antes de volver al lado del Platillo Volante.

Ya no desprendía vapor, pero cuando avanzaron unos pasos más

el calor les golpeó como una masa sólida.

Acabaron sentándose en la arena a esperar. La noche era oscura como el infierno, y el chispear de las lejanas estrellas no disipaba en nada las densas tinieblas.

El tenue resplandor que antes se desprendiera de la nave se había extinguido también. A esa distancia apenas podían ver la colosal forma del platillo.

De pronto Theda exclamó:

—¡Dan! ¿Por qué no gritamos? Si hay alguien ahí nos oirá.

—Y si al oímos trata de salir se abrasará como el otro. Olvídalo, apuesto que si hay alguien vivo ya sabe que estamos aquí.

Guardaron silencio otro buen rato. Después, la muchacha dijo:

—Se me ocurre otra cosa, Dan...

—¿De veras?

—Tú has leído, igual que yo, las precauciones que toman los astronautas cuando regresan de sus vuelos espaciales para evitar traer a la tierra bacterias, o gérmenes nocivos para el ser humano...

—¿Y qué?

—Tal vez esos seres traigan alguna infección de su mundo. ¿No crees que podría ser?

El hizo una mueca y chupó el cigarrillo largamente antes de replicar:

—Más bien temo que sea al revés.

—¿Al revés? No comprendo...

—Una gente con la civilización y la tecnología suficientes para construir esas naves y llegar hasta aquí, deben ser lo bastante sensatos para no convertir su mundo en un estercolero, de manera que te apuesto doble contra sencillo a que serán ellos los que sufrirán todas nuestras enfermedades e infecciones.

—Nunca sé cuándo hablas en serio. ¿Crees que se habrá enfriado?

Dan se levantó y dio unos pasos hacia el aparato. El calor ya no era tan intenso y pudo llegar a diez pasos del borde de la nave.

—No creo que queme—dijo—, pero esperaremos un poco más y...

—¡Mira, Dan!—chilló Theda—. ¡La escotilla!

—Dan retrocedió para poder verla.

Dio un respingo, porque el rectángulo de la escotilla estaba

iluminándose. Primero de un modo tenue, con una luz lechosa que iba haciéndose más densa paulatinamente, ganando en intensidad.

—¡Hay alguien!—chilló Theda.

—No vayas a echar a correr ahora...

Dan se acercó otra vez al borde del metal y alargó resueltamente la mano. Notó el calor en la palma, pero ya no era lo bastante fuerte como para dañarle.

—Ven — dijo.

Ella corrió a su lado.

—Podemos subir, si te atreves — propuso el pintor, no muy seguro de su propia resolución.

—¿Te atreves tú?

—Bueno, algo hay que hacer.

—¿Y si hay otros de esos seres transparentes?

—Intentaremos hacernos comprender por ellos.

—Theda titubeó. Ahora que el instante había llegado ya no se sentía tan segura de sus caritativos deseos hacia los tripulantes en apuros.

—¿Qué decides? — la apremió Dan.

No fue necesario que tomara ninguna resolución. Poco a poco, por la iluminada escotilla emergió el otro tripulante de la nave exploradora. La nave cazadora de esclavos.

CAPÍTULO V

Le vieron parado sobre la superficie, vacilante, mirándoles con extraña fijeza. Theda susurró:

—¿Puedes distinguir si está herido?

—No...

El extraño dio la sensación de que quería hablar. Su boca se movió, e incluso levantó una mano. Luego, de pronto, se desplomó hacia adelante y rodó por la tersa superficie de la nave.

De modo puramente instintivo, Dan saltó hacia el borde y llegó a tiempo de detener la caída de aquel ser que le fascinaba. Lo sostuvo en brazos, estupefacto de que pesara tan poco, y con cuidado lo tendió en el suelo.

Theda exclamó:

—¡Está muerto!

—No, aún no, acércate y verás.

Ella se inclinó a su lado. Vio latir despacio los dos pequeños corazones, bombeando la sangre de forma desordenada. Vio esa misma sangre correr por las arterias y la fascinación de todo ese espectáculo la dejó muda de asombro.

—Hay que llevarlo a la casa y ver qué podemos hacer por él —decidió el pintor, levantando de nuevo el liviano cuerpo del extraño.

Echó a andar y estaban a mitad de camino cuando ella casi gritó:

—¡Dan! ¿Y si hay otros dentro, otros heridos quiero decir?

—Volveremos a verlo, pero es necesario atender a éste primero. Lo malo es que no tengo ni idea de lo que podemos hacer por él. No tiene ninguna herida visible.

Bajo la luz de la sala le contemplaron, paralizados de estupor,

porque allí pudieron distinguir con todo detalle la asombrosa naturaleza de su forzado huésped.

Theda jadeó:

—Parece un milagro... ¿Cómo puede vivir un hombre con esa clase de cuerpo? Es como cristal...

—No sabes siquiera si es un hombre.

Ella dio un respingo. El extraño no mostraba ninguna clase de sexo, a pesar de que sobre él no llevaba vestimenta alguna.

—No lo comprendo... ¿Qué clase de...?

—Tómalo con calma. Todo él es extremadamente liviano, no pesa ni la mitad que yo, y sin embargo es más alto y corpulento que cualquier hombre que yo haya conocido.

—Si no fuera transparente, creo que podría ser incluso hermoso... Y si además tuviera cabello — terminó, desconcertada.

—Estás diciendo tonterías. ¿Qué te parece que podemos hacer?

—No sé... ha sufrido un calor terrible, y los golpes...

—Los golpes no deben haberle afectado mucho, seguramente iría sujeto a algún sitio de los controles, digo yo. Pero el calor sí puede haberle afectado... la nave estaba casi al rojo cuando cayó.

—Voy a buscar hielo.

La muchacha echó a correr y regresó al cabo de unos instantes con una bolsa llena de cubitos de hielo de la nevera.

Con evidente temor e incertidumbre, se arrodilló al lado del diván donde habían tendido el extraño ser llegado de las estrellas, y colocó la bolsa sobre su frente. Miró fascinada el gran cerebro, recubierto por una asombrosa red de diminutas venillas que palpitaban des-acompasadamente, al ritmo de los corazones.

—Desde luego, no tiene ninguna herida — remachó Dan, tras un detenido examen.

—¿Por qué no llamamos a alguien? Un médico sabría qué hacer.

—¿Tú crees?

Ella levantó la mirada. Comprendió lo que él quería decir y se encogió de hombros.

—No, claro — convino al fin—. Un médico estaría tan desconcertado como nosotros.

—Voy a volver al Platillo para ver si hay otros heridos allí. Tú...

—¡Espera un minuto!—chilló Theda—. Si crees que voy a quedarme aquí sola con él... con ese... Bueno, quiero decir que si tú

te vas yo te acompaño.

—No creo que esté en condiciones de hacerte ningún daño.

—Prefiero no comprobarlo. Voy contigo.

—De acuerdo, nos llevará sólo unos minutos. Volvieron corriendo al Platillo Volante varado en el desierto. Dan se encaramó sobre su superficie y, no sin cierto temor, atisbo por la abierta escotilla.

Vio un asombrosamente complicado panel de control. Contempló los extraños asientos, las pantallas circulares y los centenares de pulsadores, diminutas palancas y signos indescifrables grabados en el panel.

Pero no había ningún otro ser transparente ni vivo ni muerto.

—¡No hay nadie más, Theda! — anunció—. Ven y...

—Entonces, volvamos a casa, ya tendremos tiempo de examinar todo lo que quieras más tarde.

—Estás inquieta por él, ¿eh?

—Sí. Inquieta, pero también asustada pensando en el instante en que recobre el conocimiento.

Regresaron apresuradamente.

El extraño continuaba como lo habían dejado. Asombrada, Theda comprobó que en tan corto espacio de tiempo el hielo se había derretido por completo, y la bolsa de goma estaba llena de agua caliente.

Corrió a la cocina para cambiarla por más hielo. Entre tanto, Dan tanteó el cuerpo inerte. Aquella estructura transparente semejaba piel humana, sólo que más suave al tacto. No comprendía qué clase de materia podía haber entre la cobertura transparente y los órganos internos. A simple vista parecía como si no hubiera nada, o como si estuviera lleno de aire.

Theda regresó y colocó de nuevo la bolsa sobre la cabeza del extraterrestre. Le contempló un instante y susurró:

—Dan... ¿cómo podemos saber que no nos atacará cuando despierte?

—No podemos saberlo.

—¿Entonces...?

—Entonces, nada. Sólo podemos esperar. Sin embargo, querida, no puedo creer que sean tan salvajes como los humanos.

—¡Maldita sea, no bromees!

—Te aseguro que hablo en serio. La raza humana es agresiva de modo natural, innato. Es destructiva por el simple placer de destruir. Tengo la esperanza de que esos seres sean mejores que nosotros.

Theda le observó con el ceño fruncido. Luego, de pronto, exclamó:

—¡Dan, sácale una fotografía, con la cámara automática antes que despierte!

—Tienes razón, si después se esfuma por lo menos nos quedará ese recuerdo.

—Me gustaría...

—No lo digas — rió él, yendo en busca de la cámara fotográfica.

La enfocó rápidamente cuando Theda apartó la bolsa del hielo. Disparó y contempló cómo salía la foto revelada, expulsada por el mecanismo automático. Theda se inclinó sobre él y ambos quedaron mirando la negra cartulina.

—¡No ha salido nada!—exclamó la muchacha.

—Increíble... se ha velado la foto. No lo entiendo.

Volvió a enfocar y disparar. La fotografía salió igualmente velada, como si hubiera estado expuesta a una poderosa radiación de luz.

—¿Qué crees que puede ser?

—No me preguntes. Si tú expones un negativo a la luz del sol, saldrá negro. Eso es lo que pasa con estas fotos y maldito si entiendo por qué.

Aún hicieron otro intento con el mismo resultado.

Desconcertados, quedaron mirando al extraño ser que reposaba en el diván completamente inmóvil. Con gestos ausentes, Theda colocó de nuevo la bolsa del hielo sobre la frente transparente del extraterrestre y luego se volvió hacia Dan.

—Tengo miedo — susurró.

—¿De qué?

—Esta es toda una pregunta.

—Tranquilízate. No lleva armas de ninguna clase y pesa menos que un chiquillo. Podré manejarlo si se pone agresivo.

—No sabes qué clase de ser es, ni los poderes que puede tener, Dan...

Ya lo averiguaremos cuando despierte. De momento no tienes

ningún motivo para temerlo. Además, deberá estarnos agradecido por haberle ayudado. Eso es un tanto a nuestro favor.

—Tal vez ni siquiera sepa lo que significa agradecimiento... Y quizá tampoco sea capaz de experimentar sentimiento alguno.

El se encogió de hombros. Comprendía el creciente nerviosismo de la muchacha porque él mismo sentía una sombría sensación de inquietud que no lograba explicarse.

—¿Quieres preparar un poco de café mientras esperamos?

Theda le observó para asegurarse de que no se trataba de una simple excusa para apartarla del extraño.

—Está bien — accedió—, pero ten cuidado. Nunca había sentido una sensación tan extraña como ésta...

Se fue a la cocina y Dan encendió un cigarrillo. Dio un vistazo al cuerpo inmóvil y fue a sentarse en una butaca, frente a su forzado huésped.

Exhaló el humo, pensativo.

Cuando ladeó la cabeza, el extraño tenía los ojos abiertos y le miraba con inquietante fijeza.

CAPITULO VI

Durante un lapso de tiempo que le pareció interminable, Dan y extraterrestre permanecieron mirándose asombrados, aunque bien es cierto que el único que exteriorizó su asombro fue el pintor.

El ser, venido de las estrellas no varió de expresión, en todo caso solamente el interés de su mirada se agudizó a medida que transcurrían los segundos.

Al fin, Dan murmuró:

—Daría cualquier cosa para que pudiera usted entenderme.

El otro emitió unos breves sonidos. Tal vez fueran palabras o tal vez no. Luego, apretó los labios y siguió inmóvil, como esperando.

Dan dijo:

—No he comprendido nada, como supongo que tampoco usted entiende una sola de mis palabras. De cualquier modo, no tiene nada que temer mientras esté aquí.

Por unos instantes, el extraño cerró los ojos. Fascinado, Dan no apartaba la mirada de él, estremeciéndose ante el torrente sanguíneo que circulaba ahora con regularidad por el complicado sistema de venas y arterias de aquel ser asombroso.

De nuevo, éste abrió los ojos. Pareció advertir el estorbo sobre su frente y con gestos pausados se quitó la bolsa del hielo.

Se quedó mirándola unos instantes.

Dan susurró:

Hielo. Frío... ¡Oh, maldita sea! Ya sé que no me entiende, pero pensamos que... ¡Al diablo, es inútil!

De nuevo, el habitante de otro mundo habló de aquel modo breve, profundo, con un sonido modulado y sin estridencia alguna.

Si era su idioma, no podía resultar más suave al oído, pensó Dan.

Pero no entendía una palabra.

Entonces apareció Theda en la puerta y se quedó contemplando al ser que habían salvado. El, también pareció captar su presencia por algún sentido extraño y se ladeó para verla.

Ella contuvo el aliento cuando sus miradas se encontraron.

Dan susurró:

—Tranquila, no es agresivo. Intenta hacerse entender, lo mismo que yo, aunque no tenemos mucho éxito.

Poco a poco, el hombre de las estrellas se incorporó, dejando caer al suelo la bolsa del hielo. Quedó sentado, sin apartar la mirada de Theda. Luego, ladeó la cabeza y volvió a emitir otra serie de sonidos dirigidos a Dan.

Este hizo un gesto de impotencia.

—No comprendo una sola palabra, amigo — gruñó—. Habrá que empezar por el principio, como en las historietas de Tarzán... Yo, Dan. Dan, ¿comprende? Yo — insistió, golpeándose el pecho con el dedo—, Dan. Ella, Theda. Theda, mujer.

Los ojos inexpresivos del extraño iban del uno al otro. Había recobrado sus fuerzas aparentemente, pero no hizo ningún ademán de levantarse. Sólo movió una mano y señaló a Theda. No dijo nada, sin embargo.

—Theda, mujer — repitió Dan.

La aludida se desplazó hasta su lado. Él le pasó el brazo por la cintura notando el leve temblor del prieto cuerpo de la muchacha.

Ahora, el ser venido de las estrellas parecía desconcertado. No apartaba la mirada de la pareja, y sus ojos saltaban del uno a la otra fijos, profundos y azules, agrandados como si hiciera un eran esfuerzo por captar algo que escapaba a su comprensión de hombre de un mundo donde no existiera la diferenciación sexual de los seres vivos.

Theda susurró:

—¿Cómo podríamos conseguir que nos comprendiera, Dan?

—Dale tiempo, debe haber alguna fórmula. Pero creo que tanto él como nosotros debemos adaptarnos a nuestras limitaciones en ese campo hasta encontrarla.

De pronto, el extraño se levantó. Pudieron darse cuenta de la armoniosa suavidad de sus movimientos, pero también de la recobrada energía que se desprendía de cada uno de sus gestos. Con

pasos medidos se aproximó a la pareja y tendió la mano hacia Theda.

Sus largos dedos rozaron la tela de su blusa. La tanteó, como si no estuviera seguro de lo que era aquello.

Theda empezó a temblar. Dan dijo:

—No te asustes. La ropa debe intrigarle tanto como a nosotros su extraña piel.

El extraño desplazó sus dedos por la suave blusa, y cuando apretó un poco Theda captó en sus pechos el calor de aquella mano que parecía comunicarle una profunda sensación de calma.

Después, los dedos saltaron hacia la camisa de Dan y efectuaron el mismo reconocimiento. De vez en cuando emitía unos breves sonidos articulados de un modo melodioso.

Poco a poco, Dan se desabrochó la camisa dejando al descubierto la fortaleza de su torso de deportista. Los dedos tantearon también la piel, el áspero vello.

Luego, se retiraron y el extraño retrocedió unos pasos.

—Ahora ya sabe lo que es tejido y lo que es piel — comentó Dan con cierta ironía—. Me pregunto qué estará pensando al respecto.

—Por lo menos no parece agresivo… Repentinamente, el ser que tenían delante empezó a hablar de nuevo, esta vez con más animación, con rapidez. Los sonidos brotaban de sus labios como una cascada, pero no entendieron tampoco una sola palabra. Luego, calló y dejando caer los brazos a lo largo del cuerpo se quedó rígido.

—Ojalá pudiésemos…

La voz de Theda se extinguió cuando se quedó sin aliento, porque ante sus ojos empezó a producirse un extraño milagro.

También Dan sintió un escalofrío y se olvidó casi de respirar. Ante sus ojos estupefactos, el cuerpo transparente pareció solidificarse despacio, como una increíble metamorfosis, adquiriendo la aparente consistencia de la piel y los músculos humanos.

La cabeza ocultó el cerebro que vieran palpitar hasta ese instante. Una cabellera oscura idéntica a la del pintor coronó el cráneo, y un corto y áspero vello pobló el torso que adquiría formas y dimensiones semejantes a las de Dan.

Theda jadeó:

—¡Es increíble...!

—Espera.

—¿Qué?

—No hables, deja que termine ese proceso... quizá logre mentalizarse como uno de nosotros, también.

En pocos segundos más el hombre de las estrellas apareció ante sus ojos como un hombre de la Tierra, alto, fornido, bien proporcionado y desnudo.

Theda se lo quedó mirando absolutamente incapaz de articular una palabra.

Dan comentó:

—Si se ha transformado intencionadamente en todos los detalles, no cabe duda que no es tonto. Cualquier mujer se acostaría con él encantada.

—¡Deja de decir tonterías!

—¡Pero si es un gran tipo! Y según mi criterio ya no puede estar mejor dotado... En eso me supera a mí.

—¡Idiota!

—Me llamo Tau. Vengo de la estrella Groomgold. La voz profunda, y sobre todo el hecho de entender cada una de aquellas palabras, les dejaron paralizados de estupor.

—Deben entenderme... Mi nombre es Tau —repitió el extraño.

—¡Espléndido! — jadeó Dan—. Yo me llamo Dan Lorens. Ella se llama Theda.

—¿Ella?

—Oh, bueno... Yo soy hombre. Ella es mujer. La diferencia de los sexos y todo eso.

—Sexos... Eso no lo comprendo.

—Habrá tiempo para profundizar en ese aspecto. Ahora nos gustaría saber cómo ha conseguido transformarse de ese modo, y hablar nuestro idioma.

—No es difícil. Pero necesito saber cómo llegué aquí, a este... esta...

Miró en torno señalando las paredes con un amplio ademán.

—Casa. Eso es una casa — explicó el pintor—. Vimos caer su nave en el desierto. No pudimos auxiliarle antes porque estaba incandescente por el roce con la atmósfera. Su compañero murió.

—Sí, ya sé... yo recuerdo. Koomz no debió salir.

—Se esfumó.
—No entiendo.
—Desapareció cuando cayó sobre el metal ardiente.
—¡Oh, sí!
—¿Por qué?
—La energía...
Les dio la espalda y fue a curiosear por cada uno de los detalles de la estancia, parándose asombrado delante de los cuadros que colgaban de las paredes. Los había de Dan, pero otros eran obras de otros pintores amigos suyos adscritos a distintas escuelas.
A Tau parecían fascinarle.
Al fin los señaló.
—¿Qué...?
—Cuadros. Pinturas.
Ajeno a su desnudez, el ser de las estrellas volvió a mirarlos intrigado. Luego, trasladó su atención a los objetos decorativos esparcidos encima de los muebles, o en las estanterías. Y, finalmente, se detuvo delante de la librería.
El pintor explicó:
—Eso son libros, la mayoría sobre arte, pero hay también obras de literatura. Novelas, ensayos... ¿Comprende?
El hombre tomó un grueso volumen de arte y estuvo contemplando las ilustraciones un buen rato. Theda susurró:
—Deberías prestarle algunas ropas, Dan.
—¿Te pone nerviosa verle desnudo?
—¿Tú qué crees?
—Esa es sólo una impresión subjetiva. Para él la desnudez no significa nada.
—Pero para mí sí. ¿O es que no te das cuenta tú tampoco?
Dan sonrió, pero antes que pudiera replicar Tau dijo:
—¿Para qué sirven? Señalaba los cuadros.
Dan se echó a reír abiertamente.
—Esta es también una buena pregunta.
—¿Qué?
—Mire, prácticamente no sirven para nada, excepto para expresar un determinado estado de ánimo del autor, en un momento concreto. O para decorar las paredes, para alegrar el ambiente de una casa... Pero me temo que no lo entiende tampoco.

En su mundo, ¿no existe el arte?

—¿Arte?

—Eso... pintura, escultura, literatura, música, teatro, todo eso. ¿No sabe usted lo que es?

—No, no entiendo. ¿Para qué sirve?

Dan se rascó la nuca, perplejo. Miró apurado a Theda y ésta tampoco le ayudó, sino que le hizo una mueca irónica.

—Vamos a dejarlo — refunfuñó—. Hábleme de usted, de su mundo, esa estrella Groon... Bueno, eso que nombró antes.

—Groomgold.

—Eso.

—Es difícil hacérselo comprender. Habrá tiempo. Pareció olvidarse de los cuadros y de todo lo demás y concentró su atención en ellos dos, mirándoles con analítica fijeza.

—Son inteligentes — dijo—. Piensan, crean, construyen... me gustaría saber si todos los habitantes de este planeta son como ustedes.

—Bueno, poco más o menos, aunque existen diferentes razas. Negros, blancos, amarillos, pieles rojas. ¿Por qué le intriga eso?

—Me preguntaba si son muy numerosos.

—Demasiado. Miles de millones.

—¿Qué son «millones»?

—Otro problema para explicarte Habremos de inventar un método para concretar esta clase de detalles, tanto para él como para nosotros. Por ejemplo, ¿cómo miden ustedes el tiempo en esa estrella de donde procede?

Tau pareció reflexionar un largo rato.

—Ya comprendo. Ciclos — dijo de pronto—. Yo tengo cinco ciclos. ¿Y tú?

—Otro lío. Aquí medimos por años. Yo tengo veintinueve años, de modo que tu apariencia, ahora, es más o menos de la misma edad.

Theda les escuchaba absorta, intrigada. A pesar de todo le costaba admitir que estaba delante de un ser venido de un mundo lejano y desconocido, un lugar perdido en la inmensidad del espacio insondable.

Le hubiera gustado comprender los sentimientos que albergaba el extraño, porque sin poderlo evitar notaba una vaga inquietud que

no tema explicación posible, porque Tau no se mostraba agresivo en ningún momento, ni siquiera desagradable, a no ser por su absoluta naturalidad en la desnudez de ese cuerpo que había adoptado en su metamorfosis.

No obstante, no podía evitarlo, se sentía inquieta.

Ahora, el extraterrestre estaba parado ante la ventana dejando vagar la mirada por la negrura del exterior, como si la noche pudiera aclararle el sinfín de dudas que forzosamente debían asaltarle también a él.

Dan dijo:

—Tu Platillo Volante está a corta distancia de aquí, si es eso lo que te preocupa.

—¿Platillo Volante? Oh, entiendo... el Explorador...

—¿Es así como lo llamas? Bueno, no parece estar muy averiado, aunque yo no entiendo nada de esos aparatos. Pero imagino que podrá volar de nuevo.

—No... hasta reponer energía.

—¿Qué clase de energía?

Por primera vez Tau pareció volverse cauteloso.

—Energía — repitió.

Pero no dio ninguna aclaración. Theda terció.

—Es muy tarde. Dan. Preparé café, pero se habrá enfriado. ¿Qué tal si cocino algo para la cena? El, debe estar hambriento después de todo lo sucedido.

—¿Qué dices tú, Tau? Me temo que nuestra cocina sea distinta de la de tu mundo, pero en eso también habrás de adaptarte si no te quieres morir de hambre. Esta vez, Tau quedó desconcertado. Tardó en replicar.

—Ahora no entiendo — dijo al fin—. ¿Qué es cocina?

—Literalmente, el lugar donde se prepara la comida, pero Theda se refería a nuestra cena de esta noche. ¿O es que tú no te alimentas?

Tau seguía desconcertado.

—Explícame qué es alimentas — pidió.

—Pues comer, ingerir los elementos que necesita el cuerpo para sobrevivir, recuperar fuerzas. Y además, significa el placer del paladar, el gusto por una comida determinada... Vamos a ver, ¿tú no tienes el sentido del gusto?

—Gusto... No sé.

—¿Cómo te alimentas?

—Tampoco sé qué significa alimentas.

—Algo debe dar fuerzas a tu cuerpo para tener vitalidad, moverte, caminar, manejar tu nave, todas las cosas que exigen un esfuerzo.

—¡Oh, eso! Yo absorbo energía.

—Ahora soy yo quien se queda a oscuras. ¿Quieres decir que absorbes alguna clase de energía como una esponja absorbe el agua?

De nuevo Tau pareció volverse cauteloso.

—Sí — dijo—. Pero no creo que puedas entenderlo.

—Prueba a ver.

—No. Dime qué clase de energía utilizas tú. Dan se echó a reír.

—Chuletas de ternera —dijo aún riéndose—. Es mi plato preferido. Pero será mejor que lo veas por ti mismo. Theda, cariño, ¿quieres preparar esa cena de que hablaste? Pero sólo para nosotros dos, nuestro amigo me parece que tiene otro sistema para alimentarse.

La muchacha asintió y desapareció en la cocina. Dan se hundió en una butaca y señalando otra exclamó:

—Siéntate, Tau. ¿O prefieres que ponga la televisión? Sí, eso puede ser interesante. Te dará una idea de cómo es este mundo donde has venido a parar.

Accionó un mando a distancia y un panel se descorrió en la pared, dejando al descubierto una gran pantalla televisiva.

Tau fue a sentarse. La pantalla no le sorprendía. En cierto modo era semejante a los visores circulares de su propia nave.

Cuando las imágenes aparecieron enarcó las cejas y se concentró en comprender los diálogos de una entrevista política que estaban transmitiendo.

Después fueron noticias internacionales, con espléndidas imágenes de distintas capitales de otros tantos países. Decir que su atención estaba ahora concentrada en cuanto veía es decir poco. Incluso Dan quedó intrigado ante la tensa rigidez de su forzado huésped.

Entonces apareció un enorme avión de pasajeros remontando el vuelo en el aeropuerto de Londres.

—No puede competir con tu explorador — comentó Dan, con cierta ironía.

—Vuela. ¿Qué armas lleva?

—Amigo, no empieces a complicar las cosas. Es un avión de pasajeros. ¿Es que tú llevas armas en tu nave? Yo no las vi en todo caso.

—Pasajeros... Y calló.

No podía hablar de la inmensa astronave que a esas horas surcaba el espacio repleta de esclavos.

Tau comenzaba a darse cuenta de que debería mostrarse muy cauto al hablar, si quería que esos inteligentes seres con los que había tropezado en su exploración, llenaran a no tardar los inmensos almacenes de su nave gigante...

CAPÍTULO VII

Acabaron la cena sin que el exótico visitante hubiera despegado los labios. En todo el tiempo había permanecido mudo y rígido, observándoles, al parecer absolutamente estupefacto.

Echándose atrás, Dan comentó:

—Esa es nuestra energía, amigo. Y estaba deliciosa lo creas o no. Theda es una joya en la cocina. Bueno — añadió, volviéndose hacia la muchacha—, y en otros menesteres también.

—No puedo entender eso... habría de examinarte en el Explorador para comprender tu sistema de energía. Me parece primario y laborioso.

—Dejaré que me examines mañana. Pero cuéntanos algo de tu mundo. Cómo es, qué clase de vida existe allí, cómo son vuestras casas, vuestro sistema económico... Cualquier cosa. Estamos intrigados contigo.

Tau pareció pensar a fondo antes de responder. Luego, pensativo, dijo:

—Es difícil de entender. Son conceptos distintos de lo que tú llamas vida. Habría que proyectar imágenes mentales, pero me he dado cuenta de que no estás preparado para recibirlas.

—¿Quieres decir una especie de transmisión de pensamiento?

—No... no sé lo que es eso. Mira, ese visor. Señalaba la gran pantalla de televisión, ahora apagada.

—Sí, ya la veo. Quieres dar a entender que si yo fuera capaz de recibir tus mensajes podría verlos proyectados como, las imágenes de la televisión. ¿Es eso?

—No comprendes... ¿Le conectas energía para que funcione?

—Bueno, la electricidad es energía... Sí, está conectado a nuestra energía. La llamamos electricidad.

—¿Qué la produce?

—¿La electricidad? Oh, bueno, actualmente una gran parte procede de las plantas nucleares. Pero se produce por medio de centrales hidráulicas, o térmicas. ¿Cómo se produce en tu mundo esa energía de que hablas tan a menudo?

—Con antioriurn.

—No sé qué es.

—Conecta la energía al visor.

—Bueno, pero se llama televisor, pongamos cada cosa en su lugar si te parece.

Pulsó el mando a distancia y la pantalla se iluminó. Transmitían una obra de teatro ya un tanto antigua, escrita en 1978.

Tau se enfrentó al aparato, rígido, inmóvil, como concentrándose con toda su atención para captar aquellas imágenes. Sólo que no era eso exactamente, sino todo lo contrario.

De pronto, la imagen de la pantalla se volvió borrosa, imprecisa, como diluyéndose debido a una potente interferencia. Otras imágenes parecían luchar por ocupar el lugar de los originales.

Instintivamente, Theda se aferró a la mano de Dan y contuvo el aliento. En la enorme pantalla estaba surgiendo un asombroso paisaje de colores neutros, nebulosos, tan poco concretos como la misma imagen que tomaba forma ante sus asombrados ojos.

Surgió una inmensa llanura de un tono grisáceo. Al fondo se alzaban unas lomas no muy altas.

La visión cambió repentinamente, mostrando un complejo de centelleantes edificios semejantes a rascacielos terrestres, aunque al parecer eran sólidas moles metálicas, sin una sola ventana. Un laberinto de pistas de color acerado se entrecruzaban en el espacio, como calles suspendidas en el aire.

¡Y a medida que la imagen se hizo más nítida distinguieron a la gente!

Decenas de seres transparentes moviéndose armoniosamente, sin aparente prisa, algunos en grupos, hablando animadamente.

Con la misma rapidez que había aparecido, la imagen se esfumó de la pantalla y en ésta reaparecieron los actores que interpretaban la obra de teatro.

Tau se volvió. Ahora jadeaba como si acabara de realizar un gran esfuerzo.

—No puedo proyectar más... debo conservar la energía que me queda o...

Calló, como arrepintiéndose de haber hablado demasiado.

Cuando salió de su asombro, Dan comentó:

—¡Es inaudito, increíble! Estáis mucho más adelantados que nosotros.

—¿Te gustaría venir a la estrella Groomgold, ver lo que llamas mi mundo?

De nuevo el estupor dejó mudo al pintor. Theda apretó más los dedos en torno a su mano, súbitamente inquieta.

—¿Crees que podría ir contigo? — exclamó al fin. Tau asintió.

—Sí — dijo.

—Debo pensarlo. El problema no es ir contigo a tu estrella, o lo que sea. Lo que me preocupa es que pueda volver a mi propio mundo.

Tau permaneció quieto, mirándole un buen rato sin hablar.

Sus ojos azules, tan claros como cristal, acabaron apartándose de Dan para fijarse en Theda.

—¿Y tú? —le espetó—. ¿Te gustaría venir?

—No — replicó la muchacha resueltamente—. No me gustaría en absoluto.

Tau no insistió. Parecía de nuevo cansado, quizá por el esfuerzo realizado para proyectar las imágenes en la pantalla.

—He de ir al Explorador — dijo de pronto—. Solo.

—No pensarás emprender el vuelo...

—No, todavía no.

Se abstuvo de mencionar que no tenía energía suficiente en su maravillosa máquina para despegar y regresar a las estrellas.

Aparte de que tampoco lo deseaba todavía. Necesitaba saber más, mucho más sobre los seres que poblaban ese planeta azul al que había llegado en su siniestro viaje de búsqueda de esclavos.

Dan abrió la puerta. Tau no se despidió ni dijo una palabra de sus planes inmediatos. Pasó por su lado, esbelto, desnudo y ágil, y se perdió en las tinieblas del desierto. Parecía saber perfectamente donde estaba su nave, así que Dan cerró de nuevo la puerta y se volvió hacia Theda.

—Y bien, ¿qué opinas? — preguntó.

—No lo sé. Es amable y no parece peligroso, pero yo no puedo

librarme de esa extraña inquietud.

—Hasta ahora no ha hecho ni dicho nada que pueda asustarte. El intenta comprendernos, al igual que nosotros nos esforzamos por comprenderle a él. Debes tener en cuenta que no es distinto sólo físicamente. Su mente forzosamente ha de trabajar de un modo diferente de la nuestra.

—Sé todo eso, Dan, pero...

—Tonterías. Apuesto que lo que te inquieta es su desnudez. Mañana le prestaré algunas ropas y habré de explicarle las diferencias sexuales, y las conveniencias sociales que exigen que uno se vista toda esta incómoda ropa.

Theda se guardó para sí los temores que la inquietaban. No quería disgustar a Dan, y por otro lado tampoco estaba segura de sí misma ni de sus sentimientos.

Ninguno de los dos podía imaginar cuál era la verdadera misión del extraño en su viaje de exploración a la Tierra.

CAPÍTULO VIII

Tau entró en su nave con gestos cada vez más cansados. Tras él, la escotilla se cerró automáticamente. La lechosa claridad de aquella luz que parecía fluir de las paredes metálicas se intensificó. Tau se miró de arriba abajo, disgustado por su apariencia, y fue a sentarse en uno de los puestos de mando, delante del complicado panel de instrumentos.

Todo el cuerpo se relajó una vez allí. Poco a poco, el proceso de transformación, la asombrosa metamorfosis, se realizó de nuevo devolviéndole su aspecto transparente de ser nativo de la estrella Groomgold.

Tras esto, apoyó la cabeza en la suerte de casco fijo al asiento. Tras manipular un diminuto control, del apoyacabezas se distendieron unas delgadas láminas metálicas que rodearon su cráneo transparente.

Instantáneamente la energía del antiorium comenzó a fluir revitalizándole, llenándole de bienestar y de fuerza.

Vigilaba un pequeño dial en el que oscilaba una línea de luz verde. Era inquietante la escasa reserva de energía que quedaba. Apenas la suficiente para esperar la vuelta de la astronave que debería reabastecerle.

Al fin manipuló el control y la energía cesó de fluir. La abrazadera metálica que rodeaba su cabeza se desprendió volviendo a su oculto engarce. Tau se inclinó hacia adelante realizando unos veloces cálculos de sus reservas. Necesitaba establecer contacto con el otro Explorador.

Se decidió finalmente. El visor circular se iluminó.

Con su voz neutra y bien modulada comenzó a llamar a Khan una y otra vez.

Hubo de hacer otro despilfarro de energía antes de que el rostro inexpresivo de su compañero surgiera en el visor. Entonces dijo:

—Estoy agotando la energía, Khan, así que no perdamos tiempo. Koomz no existe, estoy solo en un planeta asombrosamente fértil y habitado. Seres sólidos y extraños.

—¿Servirán en Groomgold?

—Supongo que sí, aunque son sólidos. Casi tan sólidos como los que llevamos en ese último cargamento. Tendré oportunidad de estudiarlos mientras espero. ¿Cómo es ese planeta al que llegaste?

—Desierto. No hay vida. Una desolación rojiza. Celebro que tú hayas tenido mejor destino que nosotros. ¿Crees que se podrá llenar el cargo con esos seres de que hablaste?

—Y cien cargos, si es cierto lo que imagino.

El rostro de Khan esbozó una extraña mueca en el visor.

—Lo importante es que puedan ser utilizados — replicó.

—Estoy casi seguro de que serán útiles. Además, son amistosos, pacíficos. Voy a cerrar la energía ahora. He de reparar unos desperfectos del Explorador.

Desconectó el visor antes de que su compañero pudiera replicar y echándose atrás reflexionó sobre su situación. No era halagüeña después de todo, inmovilizado en ese mundo de cuyos habitantes sólo conocía a dos ejemplares.

¿Qué pasaría si los demás no eran tan confiados y pacíficos como ésos? Con la poca energía que le restaba apenas podría accionar sus armas, y mucho menos levantar el vuelo.

Mucho más tarde abandonó el asiento anatómico que se adaptaba a su cuerpo como un guante y salió al exterior. Bajo sus pies, la polvorienta arena del desierto crujió.

Alzó la mirada hacia el firmamento, negro y acribillado de estrellas. La atmósfera era nítida y eso permitía captar en todo su esplendor el brillo de las estrellas de las cuales procedía.

Volviéndose contempló la negra silueta de la casa de aquellos seres que le habían ayudado. ¿Por qué lo hicieron? Eso le desconcertaba mucho más de lo que hubiera creído nunca. El era un perfecto extraño para ellos, alguien que podía destruirlos con sólo proponérselo. Sin embargo, no habían recelado, no le habían atacado como hubiera sucedido en Groomgold con cualquier habitante de otro mundo que hubiera llegado procedente del

espacio.

Decididamente había muchas cosas incomprensibles a su entorno que debería analizar y comprender. De lo que no le cabía la menor duda era que esos seres eran desarrollados. Y muy inteligentes, a pesar de realizar cosas inútiles en lugar de producir y crear vida y energía. Tan inútiles como los cuadros que colgaban de las paredes. Decididamente, eso tampoco lo comprendía.

Al fin echó a andar despacio hacia la casa, intrigado por otra cosa que tampoco lograba explicarse. ¿Por qué aquellas notables diferencias entre uno y otro de aquellos dos seres?

Mujer, le habían dicho. Bueno, ¿y eso qué significaba?

Igualmente había extrañas diferencias en su configuración. La mujer tenía la piel suave, tersa y exhalaba un aroma que de algún modo le inquietaba. Su pecho también era diferente, y sus cabellos...

Otro misterio. ¡Qué seres más absurdos!

* * *

La cabeza de Theda reposaba sobre el pecho de Dan, dormido profundamente.

Ella no dormía, aunque permanecía inmóvil para no despertarle a él. Tenía los ojos abiertos fijos en la oscuridad, pensando de modo obsesivo en el extraño visitante de las estrellas.

No había podido librarse de su inquietud en toda la noche, ni siquiera durante el tiempo en que hicieron el amor al acostarse. Por primera vez desde que se había unido a Dan apenas si había gozado, ni experimentado el éxtasis absoluto en que se sentía morir y renacer en una vorágine que se repetía cada noche, como un ciclo vital que la transportara a un universo de placer donde nada existiera excepto ellos dos.

Esa noche todo habla sido distinto y eso la disgustaba, sobre todo porque sabía que Dan lo había advertido y él no se merecía eso.

Se movió ligeramente y sus largos cabellos cosquillearon la piel de él, quien parpadeó, bostezando.

—¿Estás despierta? — susurró Dan en la oscuridad.

—Sí.

—¿Qué te pasa?

—Lo sabes perfectamente.

—Oh, vamos, gatita, no tienes motivos para inquietarte. Todo va bien.

—De eso quisiera yo estar tan segura como tú.

—Pero si ese individuo no puede ser más amistoso.

—Tú viste lo que hizo delante del televisor. Su mente es capaz de interferirlo y proyectar las imágenes que él desea. ¿Te has parado a pensar que si tiene ese poder, igualmente puede poseer otros capaces de destruirnos si se le antoja?

—Es posible. Incluso admito que sea cierto que puede hacerlo. Pero eso no quiere decir que vaya a destruirnos ni hacernos ningún daño.

—Ojalá no hubiese aparecido nunca. ¡Éramos tan felices!

—Yo sigo siéndolo, querida.

—Ya sabes lo que quiero decir...

El se ladeó en la cama, abrazándola. La atrajo sobre su pecho, desnudos sobre el lecho. Un instante después sus labios se encentraren en un largo beso con el que Dan trataba de desvanecerle los temores.

Casi sin advertirlo. Theda se abandono al amor y la sensualidad de aquella larga caricia. Además, el sólido contacto del musculoso cuerpo de él la llenaba de seguridad y de placer.

Sintió en sus labios la quemante caricia de la lengua y los abrió, jadeando.

—Te quiero — susurró.

—Eso me parece muy bien, porque yo también te quiero.

—Las sensitivas manos del pintor sobre su cuerpo la excitaron súbitamente. Eran dedos expertos, tan amorosos como sus labios, que se perdían en sus senos en una apasionada adoración. Sintió fluir en todo su cuerpo la cálida corriente del placer y el deseo.

La boca de él la estremecía, recorriendo todo su cuerpo con besos fugaces que la enervaban hasta el paroxismo.

—Ámame.

No supo si había pronunciado el deseo en palabras, o sólo lo había formulado en su pensamiento. Se deslizó a un lado, abandonándose, maravillosamente hermosa, su cuerpo recortándose en la oscuridad como una aparición.

El se irguió un poco, mirándola. Luego, suavemente, con todo su amor, pero también con todo su deseo, entró en su cuerpo hasta el

éxtasis, hasta el desbordante estallido que les fundió uno en el otro elevándoles en alas del placer hasta el torbellino incontenible y loco donde nada existía excepto ellos dos.

Aún estrechamente abrazados, Dan susurró junto a su oído:

—¿Eres feliz?

—Total y absolutamente feliz.

—¿Crees que podrás dormir ahora?

—No me digas que me has hecho el amor sólo para que te deje dormir en paz.

—Esa podría ser una buena razón. Ella rió en la oscuridad.

Lejos, en algún lugar del desierto, un coyote aulló como gritándole a las estrellas su soledad.

Instintivamente, Theda estrechó su abrazo y susurró:

—Hazlo otra vez… ámame. Después nos dormiremos así, abrazados.

Obedecer no fue ningún sacrificio para él. Todo lo contrario…

CAPÍTULO IX

Tau retrocedió sin saber muy bien por qué adoptaba semejantes precauciones. No comprendía nada, pero algo que nunca había experimentado le turbaba produciéndole un extraño sentimiento que nada tenía que ver con todas las otras sensaciones vividas hasta ese instante.

Había entrado en la casa silenciosamente, moviéndose con su habitual suavidad. Había escuchado extrañas palabras que hablaban de amor, de placer, y en la oscuridad sus oídos habían captado los sonidos que, para él, no tenían el menor significado. Sin embargo, aquellos estremecidos suspiros de la mujer, sus palabras apasionadas, sus quejidos de gozo y éxtasis, habían zarandeado los sentimientos del extraño quien, por primera vez en su vida de cinco ciclos se enfrentaba con algo que nada tenía que ver con lo que hasta entonces fuera todo su horizonte vital de valores.

Decididamente, esos seres eran desconcertantes.

Se detuvo fuera, bajo la noche, tratando de entender todo aquello. Hasta esa noche, había estado completamente seguro de saber siempre, en todo momento, cuál era la razón de vivir. Quizá mejor, de sobrevivir. Todo se limitaba a mantener alimentada la insaciable energía que Groomgold necesitaba, lo mismo que los groomgolianos.

Era así de sencillo. Para lograrlo era preciso capturar seres inferiores allá donde estuvieran, porque el antiorium en su estado natural era mortal y los groomgolianos no podían extraerlo.

Los sentimientos no contaban. Ni siquiera existían.

Hasta esa noche en que, sin él saberlo, había asistido a la sublimación del amor y del placer, a algo ciertamente primitivo, pero mucho más vital y hermoso que la simple supervivencia.

Empezó a pensar en el traslado de esos seres y los problemas que eso podría crear en su lejana estrella. Eran inteligentes y hábiles, de eso no le cabía ninguna duda.

Pero tampoco tenía dudas sobre la resistencia que opondrían. Una resistencia seguramente organizada y quizá violenta. Habría que buscar el modo de someterlos…

Cuando emprendió el camino de su Explorador, para refugiarse en la nave y reflexionar en paz, el alba asomaba por el horizonte con una luz viva que pasó a través de su cuerpo como a través de un diáfano cristal.

* * *

El sol ardía en el desierto y reverberaba en un espacio azul e infinito. Dan exhaló el humo del cigarrillo y no pudo ocultar una sonrisa al advertir los torpes movimientos de Tau, metido dentro de unos pantalones y una camisa a cuadros.

El hombre de las estrellas había adoptado una vez más la apariencia de los terrestres, para poder entenderse con los dos jóvenes. Pero no parecía muy feliz vestido como ellos.

El pintor comentó:

—Estoy de acuerdo contigo en que las ropas son un engorro, Tau. Pero si alguien apareciera por aquí y te viera desnudo la cosa podría ser muy embarazosa.

—No me gusta.

—Te confieso que a mí tampoco. Ni a Theda. Ella… Pero dejemos eso. ¿Crees que podrás mezclarte con la gente sin delatarte, sin demostrar extrañeza por lo que veas?

—Soy como tú.

—Sí, muy parecido…

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque si te parece iremos a dar un paseo por Santa Fe. Verás una de nuestras ciudades y el caos en que la hemos convertido.

—¿Caos?

—Un lío. En fin, ya lo verás.

—¿Hay muchos seres allí?

—Demasiados.

—¿Parecidos a ti? Dan se rascó la nuca.

—No hay dos seres humanos iguales, a menos que sean gemelos. Pero desde luego, son como nosotros más o menos.

—¿No hay otra clase de habitantes en tu mundo?

—Bueno, los animales. Miles de especies. ¿Te gustaría verlos?

—Sí.

—Está bien, iremos al Zoo si nos queda tiempo. Cuando te vayas de la Tierra habrás aprendido muchas cosas que antes no sabías.

Theda apareció. Vestía unos shorts blancos, apretados a sus muslos, y una camisa holgada que, no obstante, era incapaz de ocultar la juvenil pujanza de sus pechos puntiagudos.

Dan la contempló aprobadoramente. También Tau la miró, pensando en las exaltadas efusiones de la muchacha durante la noche anterior.

Ella sonrió.

—¿He aprobado el examen? — bromeó.

Dan se acercó a ella y la besó ligeramente en los labios.

—Sobresaliente. ¿Qué te parece a ti, Tau?

Este no replicó, limitándose a mirarla. Luego dijo:

—No comprendo. ¿Para qué sirve eso?

—¿A qué te refieres?

—Unir las bocas.

Dan se echó a reír a carcajadas.

—¡Amigo! — exclamó—. No hay manera de explicar eso si para ti no significa nada.

Paso a paso, Tau se aproximó a Theda. Esta estuvo tentada de echarse atrás y miró apurada a Dan. Este hizo un gesto calmándola.

Tau se detuvo ante ella, inclinó la cabeza y la besó, imitando los gestos de Dan. Theda permaneció rígida, pero notó el extraño calor que inundaba su cuerpo como el flujo de una marea.

Tau se echó atrás, mirándola fijamente. Parecía incapaz de formular una palabra.

Fue Dan quien rompió el silencio.

—No vayas a robarme la novia ahora, hombre de las estrellas — dijo con sorna—. ¿Te ha gustado?

—Sí.

—Ya lo imaginaba.

—Pero ¿para qué sirve? Todo debe tener una finalidad práctica — insistió Tau.

—Te lo explicaré en otra ocasión. Pero déjame decirte que no tiene ninguna finalidad práctica tal como tú lo entiendes. Es sólo

una caricia, una demostración de afecto, de amor, de lujuria en determinados momentos. De deseo si lo quieres así. ¿Es que no hay mujeres en tu mundo?

—Mujeres... ¿Como ella, quieres decir? — indagó señalando a Theda.

—Eso mismo.

—No.

—Eso también requerirá una buena explicación en otro momento, porque me gustará saber cómo diablos se reproduce la gente en esa estrella de que procedes.

Theda abrió la puerta y salieron al exterior, al calor endemoniado del sol de la tarde.

Tau les seguía, observándoles intrigado como nunca lo estuviera.

Dan abrió el garaje y el extraño se quedó mirando entonces la polvorienta carrocería del poderoso coche deportivo. Cuando el pintor lo puso en marcha dio un respingo al oír el rugido inicial de motor de ocho cilindros.

—Bueno, no es como tu nave, pero nos lleva de un lado a otro — comentó Dan cuando se apeó para cerrar las puertas después de sacar el coche.

Ahora, el motor latía casi en silencio. Tau dio una vuelta en torno al vehículo. Preguntó:

—No me dijiste que...

Se interrumpió, como escuchando el acompasado sonido del motor.

Dan levantó el capó dejándolo al descubierto. Era un último modelo accionado por ocho poderosos cilindros que en lugar de gasolina se alimentaban mediante una pequeña turbina.

—Para ti quizá sea rudimentario y primitivo — dijo con ironía —, pero para nosotros es el último grito deportivo.

—Esa energía...

—Deberías haber visto los que funcionaban con gasolina. Te habrías divertido, pero ya no queda ninguno en circulación.

Tau no respondió. Estaba rígido, como concentrado en algún problema que le obsesionara.

Para romper aquella especie de hechizo, Dan gritó:

—¡Todos a bordo! Vas a ver lo que aquí se llama civilización.

Theda se acomodó a su lado y Tau se encajó en el reducido

asiento posterior. No pronunció una palabra en todo el largo viaje hasta Santa Fe, a donde llegaron cuando el sol iniciaba su ocaso.

Tal como Dan anunciara, las calles eran un caos de circulación, de gentes apretujándose en las aceras, de ruido y tráfico, de estridencias...

Para Tau no fue, precisamente, una demostración de adelanto. Más bien pareció aturdirle.

Lo miraba todo con tanta atención que el pintor llegó a sospechar que incluso intentaba contar la gente..

Y tal vez, en cierto modo, fuera así.

CAPÍTULO X

—Eso son leones — explicó Dan.

Los animales se movían a sus anchas por el espacio rocoso del Zoo. Eran grandes y hermosos ejemplares que Tau observaba con la misma atención que dedicaba a tantas novedades como asimilaba desde su llegada a la Tierra.

Habían recorrido casi la mayoría de instalaciones del parque. El sol se había ocultado y por los altavoces anunciaban ya la hora del cierre.

Frente a una inmensa jaula, el ser llegado de otro mundo se detuvo en seco. Theda y Dan, tras él, le imitaron.

—Gorilas — dijo el pintor—. Los seres más parecidos al hombre, sólo que más feos. Afortunadamente — terminó, riendo.

Tau no respondió. Luego, volviéndose, prosiguió su marcha siguiendo a la pareja en busca de la salida.

Los gorilas le habían recordado a los seres superiores del pequeño mundo, que habían capturado en gran cantidad, aunque aquéllos no eran tan peludos. Pero tenían cierta semejanza...

De pronto, sin detenerse, preguntó:

—¿Son agresivos?

—¿A qué animales te refieres?

—Esos... gorilas.

—Sí, y peligrosos. Lo mismo que los leones y la mayoría de los que hemos visto. ¿No hay fieras en tu mundo?

—¿Fieras?

—Animales salvajes.

—No...

—Se me ocurre que debe ser un lugar más bien aburrido.

No hubo respuesta.

Poco después rodaban por la autopista en busca de la carretera del desierto que debería llevarles de regreso a la casa del pintor.

La noche se les echó encima mucho antes de llegar. Los faros, barriendo las sombras delante del coche, mostraban de vez en cuando la atormentada silueta de algún sahuaro o un cactus gigante.

Al llegar a la casa, Tau dijo que deseaba quedarse en su nave esa noche y se apartó de ellos, preocupado y pensativo.

Theda y Dan le vieron alejarse un tanto intrigados. La muchacha susurró:

—¿Qué le habrá impresionado más de cuanto ha visto?

—Cualquiera sabe. Pareció muy sorprendido al ver la multitud apretujarse en las calles. Quizá en su mundo no son tan numerosos y eso le haya aturdido.

—También estaba muy intrigado por el motor del coche. Y a mi modo de ver no debiera haberse sorprendido tanto, porque su tecnología es mucho más avanzada. Ese motor, comparado con el de su propia nave, debe ser apenas un juguete rudimentario.

—No sé… algo de su funcionamiento le ha sorprendido. Quizá el sistema de combustión, o la clase de energía que utiliza. Para él, la palabra energía es lo más importante no sólo de este mundo, sino del suyo. Lo que me gustaría saber es qué clase de energía es ésa a la que se refiere tan a menudo.

Entraron en la casa y la muchacha fue a preparar la cena.

Parado junto al ventanal abierto, Dan encendió un cigarrillo y dejó vagar la mirada por la inmensidad del firmamento, preguntándose si alguno de aquellos lejanos luceros rutilantes que brillaban en las tinieblas sería la patria del extraño ser que se había convertido casi en una obsesión.

* * *

Tau cerró el contacto del visor. No había conseguido establecer comunicación con el Explorador de Khan, quizá debido a la escasa y debilitada energía que restaba en la nave.

Dejó pasar el tiempo sentado allí, pensando en todo lo que había visto, tratando de comprenderlo, de asimilar tantas enseñanzas.

Entonces, mucho más tarde, un pequeño bulbo rojo empezó a parpadear en el tablero de control. Sorprendido, conectó el visor y el rostro transparente de Khan apareció en la pantalla.

—¿Tau?

—Sí.

—Apenas te veo. ¿Qué ocurre?

—Se está agotando la energía. Antes no pude llegar hasta ti.

—Comprendo. ¿Has examinado a esos seres de que hablaste?

—Aún no. Son tan numerosos como jamás pudiste imaginar. Necesito ganarme su confianza.

—Yo también estoy agotando la energía, así que no la desperdiciemos. El cargo llegó a Groomgold. He recibido una comunicación. Van a salir inmediatamente, tan pronto hayan descargado y repuesto energía.

—Me alegro oírte decir eso.

—Ten cuidado, y examina pronto a esos seres. Sería una gran suerte que nos fueran de utilidad y no tuviéramos que seguir buscando más.

La pantalla se oscureció.

Tau se echó atrás, preocupado.

Estaba seguro de que si el inmenso cargo llegaba hasta este planeta ya no tendrían que seguir buscando campos de caza durante generaciones, porque por poco que durasen los seres de la Tierra en los yacimientos de antiorium, podrían continuar sustituyéndolos durante cientos y cientos de ciclos, tan numerosos eran.

Sin embargo, por alguna razón que no lograba profundizar, estaba muy lejos de sentirse satisfecho.

Al fin abandonó la nave y contempló el desierto y la oscura masa de la residencia sin una luz.

Se dirigió al garaje y penetró en él. Cerró la puerta y tanteó en la pared tal como viera hacer a Dan. Sus dedos encontraron la llave de la luz y la lámpara del techo se encendió.

Pasó largo tiempo estudiando el sistema motriz del coche. En sí mismo, el motor era rudimentario, pero no era el motor lo que le intrigaba, sino la turbina que alimentaba los cilindros.

Volvía a tener su apariencia natural y sus largos dedos transparentes se movían como sensitivas antenas aquí y allá, presintiendo más que viendo.

Repentinamente todo su cuerpo sufrió una contracción y luego se quedó inmóvil. Tenía los dedos apoyados sobre un cilindro metálico adosado a la turbina.

¡Y a través de sus dedos fluía un raudal de energía como jamás pudo sospechar que existiera en ese mundo!

Al fin despegó los dedos del cilindro y echándose atrás cerró el capó, apagó la luz y regresó a su silenciosa nave.

Debía reflexionar sobre ese asombroso descubrimiento, y luego informar a Khan para que éste pudiera comunicar su descubrimiento a la base del cargo tan pronto éste estuviera en ruta.

En realidad, tenía mucho en qué pensar, y por primera vez en su vida, Tau sabía lo que era la incertidumbre delante de una decisión.

Algo no era como siempre había creído, y eso era grave, porque significaba que alguno de los rígidos esquemas de su sistema era falso, estaba equivocado.

Y eso podía significar algo más:

Una catástrofe.

CAPÍTULO XI

La inmensa astronave surcaba el insondable vacío de un espacio oscuro, sombrío, salpicado de vez en cuando por la fugaz aparición de lejanos y brillantes mundos muertos que vagaban en la sima negra de la nada hasta el fin de los tiempos.

Los tripulantes, indiferentes a la estremecedora belleza de lo que podían ver a través de los visores, atendían sus limitadas obligaciones con efectividad, mientras los sensibles instrumentos de exploración transmitían de modo incesante datos y más datos del espacio exterior por el que se movían a increíble velocidad.

El gobernante comprobó una vez más los ajustes del rumbo, cotejándolos con las coordenadas enviadas por el Explorador de Khan. Se sintió satisfecho al ver que el rumbo ya no podía ser más preciso.

Su ayudante comentó:

—Esperemos que les quede energía suficiente para subsistir hasta nuestra llegada. Su última llamada delataba el agotamiento de sus últimas reservas.

—Lo soportarán si no tienen que utilizarla para otra cosa más que para subsistir. Khan sabe bien lo que debe hacer en todo momento.

—Pero es impulsivo. El gobernante cabeceó.

—Cierto — dijo—. Demasiado. Afortunadamente Kronix sabe controlarlo. Por eso le designé.

Un sordo zumbido les hizo girar en redondo. En el visor surgió una extraña luz, aún muy lejana. Al mismo tiempo, una voz tan inexpresiva como las suyas anunció:

—Gobernante, tenemos un planeta sólido en nuestra ruta.

—¿Densidad?

—K. U., gobernante.

Este se inclinó hacia el visor. La luz relampagueaba en la inmensa negrura creando un espectáculo fantasmagórico.

—Hay que analizar su temperatura — dijo en voz alta—, y comprobar si es lo bastante cálido para contener alguna clase de vida.

El ayudante replicó:

—¿Piensas explorarlo?

—Está en nuestro camino.

—Pero nos retrasará. Khan necesita la energía cuanto antes. Y también Tau y Koomz deben estar agotando la suya.

—No nos detendremos más que para averiguar si hay seres vivos que puedan ser utilizados. Si es así, habrá tiempo de cazarlos cuando regresemos.

El ayudante ya no insistió, limitándose a contemplar cómo el planeta desconocido crecía en el visor, y mostraba sus contornos aureolados por la luz reflejada en su atmósfera.

La inmensa astronave redujo la distancia a velocidad de vértigo, como un meteoro que se desplomara sobre aquel mundo desconocido.

Pronto pudieron distinguir unos ralos montes que se recortaban en el horizonte. Y poco después la rojiza vegetación que cubría gran parte de la superficie pudo ser examinada a través de los visores, y analizada en profundidad por las inteligentes computadoras que gobernaban en realidad la propia nave.

El ayudante consultó los resultados de los análisis en una micro pantalla verle y comentó:

—Si esa vegetación vive, y absorbe los componentes del suelo y la atmósfera hasta alcanzar esas proporciones, no cabe duda que habrán otras clases de vida inteligente.

—Que preparen los Exploradores.

El gobernante continuó pendiente de las imágenes que se sucedían en el visor a medida que le eran suministradas por los distintos controles situados a ambos lados de la astronave. Ahora podía captar a simple vista las vastas proporciones de aquella vegetación gigantesca.

Dio unas órdenes y la velocidad fue reducida. Ahora reinaba una ordenada actividad en toda la nave, a medida que ésta se

aproximaba a la superficie del planeta desconocido.

De pronto, más allá de una extensa mancha de vegetación surgieron unas brillantes cúpulas que reflejaban la luz y las sombras. Aquello no tenía nada que ver con la vegetación.

El gobernante conectó el sistema interior de comunicación, para ordenar que no salieran los Exploradores. Aquello que tenía ante sus ojos era suficiente para saber que aquel planeta estaba habitado por seres inteligentes, capaces de construir los grandes edificios coronados por cúpulas que resaltaban cada vez más claramente en los visores.

El ayudante se reunió de nuevo con él y comentó:

—Si son tan hábiles para construir, lo serán para trabajar en los yacimientos de antiorium...

—Con toda seguridad. Pero me gustaría saber cuál es su aspecto.

Dio nuevas órdenes y la colosal astronave descendió todavía más. Estaban aproximándose a las simétricas cúpulas que se alzaban más allá de la espesura vegetal.

Se estaban aproximando demasiado en opinión del ayudante.

Pero antes que pudiera objetar nada, de la cúpula mayor surgió un relámpago blanco, algo como un cegador chispazo, y el relámpago cruzó la distancia hasta estallar contra la astronave.

Toda la inmensa máquina se estremeció, sacudida por el terrorífico impacto. Otro chispazo, y un nuevo impacto zarandeó la nave como si ésta fuera un cuerpo liviano y frágil.

Empezaron a zumbar las señales de alarma mientras el gobernante gritaba órdenes sin alterarse.

Aún vio por el visor cómo otro de aquellos rayos partía de la cúpula. Antes de que hiciera blanco en la nave, de otras cúpulas dispararon también y el espacio se pobló de brillantes chispas de luz que llevaban la muerte con ellas.

La astronave fue lanzada dando tumbos cuando la andanada la alcanzó de lleno. Los motores zumbaban con toda su potencia intentando alejarse de aquella peligrosa zona.

El gobernante pulsó una pequeña palanca y gritó:

—¡Neutralicen esas armas, destrúyanlas!

El inmenso navío del espacio se alejaba con dificultad, escorado, casi incontrolable debido a los enormes destrozos sufridos. Sin embargo, de sus propias defensas surgió la respuesta al inesperado

ataque y en un instante la mayoría de aquellas cúpulas estallaron antes de volatilizarse. El bosque de rojiza vegetación ardió en una súbita llamarada antes de desaparecer como si jamás hubiera existido.

Peligrosamente ladeada, la nave se alejó en medio del crujir de metal agrietado, estremecida al mismo tiempo por los poderosos motores funcionando con toda la potencia de que eran capaces.

Hasta hallarse muy lejos del agresivo planeta el gobernante no ordenó parar los motores y detenerse en medio del vacío absoluto del espacio.

Entonces pudieron calibrar los terribles destrozos sufridos. El ayudante hubiera querido reprocharle al gobernante su temeridad al arriesgar la nave cuando pudo haber utilizado perfectamente los Exploradores, pero sabía cuál era su puesto a bordo y calló.

Sólo un poco más tarde dijo, cuando presentó el informe sobre los daños:

—No podemos continuar la ruta sin repararlo todo, gobernante.

—Muy bien. Todos saben lo que deben hacer.

—Ya están haciéndolo.

—¿Entonces...?

—El retraso — dijo el ayudante, y no pudo evitar que su voz neutra delatara un claro reproche—. Ni Khan ni los otros podrán esperar todo ese tiempo con la energía agotada.

—Intenta comunicarte con Khan. Su posición es mucho más próxima que la del Explorador de Tau.

El ayudante asintió y abandonó de nuevo la sala de control.

El gobernante sabía muy bien que si el retraso era excesivo, ni Khan ni ninguno de los otros podría sobrevivir. Había cometido un error al descender tanto con la nave sobre aquel mundo agresivo y belicoso, y esa clase de errores costaban muy caros.

Cuando le rindieron el informe del tiempo que se precisaba para dejar la astronave en condiciones de volver a navegar, supo que con su error había condenado a muerte a las tripulaciones de los dos Exploradores que esperaban en aquellos lejanos mundos...

CAPÍTULO XII

La débil imagen de Khan parecía a punto de esfumarse en el visor, y su voz era apenas audible mientras indagaba una vez más las características de los seres que Tau debía examinar.

Tau escuchaba con una extraña mezcla de sensaciones jamás experimentadas. Además, estaba preocupado. No comprendía el comportamiento de Khan. Este debía saber que estaba arriesgándose hasta el límite desperdiciando energía con sus continuas comunicaciones.

—Has tenido tiempo sobrado para examinarlos — insistió Khan una vez más—. ¿Qué te ocurre, Tau?

—Pienso que no necesitas insistir tanto. Apenas te oigo y tu imagen es sólo una mancha. Debes estar agotando las reservas.

—El cargo está en camino y he calculado con toda exactitud el tiempo que tardará en llegar aquí. Me queda suficiente energía para esperarlo y cuando llegue quiero poder informar de la clase de seres que podremos cargar en ese planeta que tú has explorado.

—Entiendo...

—¿Y bien, Tau? Este se resignó.

—Son extraordinariamente inteligentes — dijo—. Tan numerosos que no necesitaremos preocuparnos de buscar otros nunca más. Pero también poseen armas defensivas y no se dejarán cazar sin oponer resistencia.

—Les venceremos, aunque haya que aplastar a una gran parte de ellos. Si son tan numerosos como tú dices eso no importará demasiado.

La imagen se borró del visor. Tau dijo:

—Ya ni siquiera recibo tu imagen, Khan. Voy a cerrar el visor. No vuelvas a comunicar hasta la llegada del cargo.

La voz de su compañero aún surgió del aparato, pero ya ininteligible. Tau cerró la comunicación y echándose atrás en el asiento se quedó inmóvil un buen rato.

Había comprendido las intenciones de Khan, un ser ambicioso y lleno de ansias de medrar en la flota de astronaves de Groomgold. Ansiaba poder ser el primero en informar al gobernante, como si fuera él quien había realizado el descubrimiento de ese increíblemente fértil campo de caza.

Ahora la cosa ya no tenía remedio. En otras circunstancias, Tau se habría sentido exultante de satisfacción.

Ahora, no.

Abandonó la nave y por primera vez desde que llegara a ese mundo titubeó antes de dirigirse a la casa de Dan.

En el tiempo que llevaba en su compañía había podido darse cuenta de que esos seres no se parecían en nada a ningún otro que él hubiera conocido jamás.

Al fin se encaminó a la casa.

Antes de llegar oyó las voces de Dan y Theda en la terraza. Dio un rodeo y entró por el lado opuesto.

Tendidos al sol, casi desnudos, los dos jóvenes trataban de encontrar la manera de abordar con su huésped la parte más peliaguda de su estancia en la Tierra.

—El día menos pensado alguien vendrá por aquí y descubrirá el Platillo Volante —dijo Theda—. Entonces será peor.

Pero no podemos obligarle a presentarse a las autoridades si él no lo desea. Tú sabes tan bien como yo lo que sucederá tan pronto la gente se entere de su presencia. No volverán a dejarle en paz nunca más.

—Entonces, ¿por qué sigue aquí? Entiéndeme, querido, yo no quiero echarle, no quiero forzarle a que se vaya. Me he acostumbrado a su compañía, a su charla sobre ese lejano mundo del que procede. Pero cada día, cada hora, es un riesgo. que corremos todos nosotros.

Dan se incorporó, apoyándose sobre el codo para mirar a la muchacha tendida junto a él con toda su resplandeciente belleza.

—Le hablaré — dijo—. Pero no tenemos derecho a forzar su voluntad. Además, por lo que ha insinuado algunas veces tiene dificultades con su nave.

—A mí me da la sensación de que espera algo concreto…

—¿Cómo qué, por ejemplo

—No puedo saberlo. Tal vez ayuda de sus compañeros. No puede haber llegado solo desde un punto tan lejano del espacio.

—Si fuera así, eso explicaría que no se decida a abandonarnos.

—Entonces, ¿por qué no es sincero con nosotros, por qué no nos dice las razones que le hacen seguir esperando?

—Te repito que le hablaré…

Dan inclinó la cabeza y hundió los labios en la boca de la muchacha. Se abrazaron sintiendo en sus cuerpos la caricia del sol que iniciaba el ocaso.

Theda suspiró.

—Siempre que quieres desviar un tema de conversación me cierras la boca de ese modo.

—¿Y eso te disgusta?

—¡Maldito seas, no me disgusta! En realidad me encanta, pero preferiría acabar el tema de discusión antes de entregarnos a estos juegos eróticos.

El se echó a reír, manteniéndola abrazada. Entonces, desde la puerta de la terraza, Tau dijo:

—Me iré pronto, no necesitas preocuparte, Theda. Los dos dieron un respingo, incorporándose hasta quedar sentados en los colchones neumáticos.

—Te mueves tan silenciosamente como una sombra — rezongó Dan—. ¿Oíste lo que hablábamos?

—Sí.

—Quiero que comprendas que ni Theda ni yo deseamos presionarte para que te vayas. En realidad, lo que pretendemos es ahorrarte disgustos.

—Lo sé. No necesitaba oírtelo decir para saberlo. Dan frunció el ceño.

—Amigo, a veces pienso que tienes poderes suficientes para leer en mi mente.

—No es difícil.

—Dime una cosa, ya que estuviste escuchando… ¿Es cierto que esperas la llegada de otros seres como tú?

—Ellos deben traerme energía suficiente para mi nave y para mí mismo.

—Energía... ¿La misma para ti que para una máquina? Nunca nos aclaraste eso.

—La misma, aunque de distinta intensidad.

—Vaya misterio...

—Cada ser precisa de «su» clase de energía. Tú esos alimentos que ingieres. Yo...

—Termina. ¿Qué es eso que llamas energía?

—No puedo explicarlo, no lo entenderías. Decía que cada ser precisa de una clase determinada de energía. Lo mismo que las máquinas. Mi nave, esos aparatos que llamas aviones. Incluso tu propio coche. Sin energía no se movería. ¿Sabes en qué consiste exactamente la energía de tu coche?

—Más o menos. Theda dijo:

—No es más que una carga nuclear que genera la fuerza suficiente para que la turbina proporcione un determinado compuesto a los cilindros. Una diminuta carga encerrada en un cilindro.

—¿Puedes disponer de todas las cargas que desees?

—Si puedo pagarlas, por supuesto que sí.

—Y le llamáis carga nuclear...

—Exactamente. Se deriva del Uranio. Aunque imagino que tampoco comprendes qué es eso.

—Intento comprenderlo.

Tau giró sobre los talones y se retiró, dejándoles otra vez solos.

Theda susurró:

—Ha cambiado mucho desde su llegada, Dan. Se ha vuelto mucho más reservado. Indaga continuamente, pregunta una y otra vez y cuando no desea que le pregunten a él da media vuelta y le planta a uno. Daría cualquier cosa por conocer sus verdaderas intenciones.

—No empieces otra vez con tus recelos.

—No puedo evitarlo. Las mujeres tenemos un sexto sentido para captar estas cosas. Dime una cosa, ¿por qué sólo ha querido volver una vez a Santa Fe?

—Quizá le molesta la multitud. Sólo parecía satisfecho en el Zoológico.

—Pero, lógicamente, debería estar ansioso por conocer todo lo posible sobre nuestro mundo, nuestros monumentos y ciudades.

Hay un millón de lugares donde cualquier extranjero querría ir para conocernos mejor.

—Olvidas que Tau es una clase muy especial de extranjero.

—Dime, ¿qué crees que hace tantas horas encerrado en su nave? A veces no aparece en todo el día. O el tiempo que emplea hurgando en el motor del coche... a veces pienso que le gustaría desmontarlo pieza por pieza.

Dan se echó a reír, evitando así una respuesta concreta.

A él también le intrigaban los incomprensibles manejos de Tau en el coche. A veces le había sorprendido inmóvil, mirando el motor con las manos simplemente apoyadas en él como si lo acariciara.

Claro que no podía penetrar en los pensamientos del ser de las estrellas. Era demasiado complicado para él.

Cuando poco después se incorporó, descubrió a Tau que en aquel instante entraba en el garaje.

No hizo ningún comentario para no inquietar a Theda más de lo que ya estaba.

CAPÍTULO XIII

Había transcurrido mucho más tiempo del que calcularan en principio, pero al fin la astronave estaba de nuevo en condiciones de surcar los vacíos espacios para los que había sido diseñada.

El ayudante dio el último informe al gobernante. Luego añadió:

—En todo ese tiempo ha sido imposible comunicar con Khan. Es como si ya no existiera.

—Y probablemente así es — replicó el gobernante—. A nuestro regreso a Groomgold responderé por todo lo sucedido.

—¿Emprendemos la ruta?

—Sí, puedes dar las órdenes tú mismo.

El ayudante se apresuró a hacerlo. En su fuero interno se alegraba del fracaso del gobernante, de la responsabilidad que había contraído ante el Consejo de Groomgold.

Seguramente sería apartado de los cargos del espacio. Entonces, él, su ayudante, ocuparía su puesto, uno de los más ambicionados de cuantos existían en su mundo.

Instantes después, la inmensa estructura de la nave se estremeció, y casi inmediatamente los motores la impulsaron como un rayo por la ruta indicada al detalle por Khan antes que se perdiera todo contacto.

El gobernante volvió a repasar una vez más los informes por medio de la pantalla verde. Khan hablaba de un planeta rojizo y desolado, sin el menor signo de vida. Pero, también comunicaba que Tau había tenido mejor fortuna y estaba en un mundo fértil y lleno de vida.

En voz alta comentó:

—No sabemos aún si esa vida es inteligente... ni si podremos utilizar a los habitantes de ese mundo azul.

El ayudante dijo de pronto:

—He advertido que no tenemos la situación del planeta explorado por Tau, gobernante.

—Khan lo sabrá...

Se interrumpió bruscamente. Khan ya no existía con toda seguridad. Ni Kronix, ni, posiblemente, Tau y Koomz.

Rectificó al comentar:

—Si Tau ha logrado subsistir él mismo nos la indicará. Y si tampoco existe... entonces habrá que buscarlo.

El ayudante asintió. Dentro de poco tiempo sería él quien daría las órdenes a bordo.

El gobernante se recostó en el asiento. Aprovechó esa falta de actividad momentánea para volver a reflexionar sobre el error cometido. Quizá, tenía demasiados ciclos ya para continuar inmerso en esa vida activa de la caza por tan lejanos mundos...

Habría que pensar en eso también.

* * *

Casi arrastrándose, Khan salió del Explorador. No tuvo fuerzas para mover las piernas y cayó sobre la lisa superficie de la nave, rodó por ella y acabó estrellándose sobre el polvoriento y rojizo suelo.

Se incorporó, aturdido. Tendió la mirada por aquella desolación infinita y se dispuso a terminar de una vez, como había hecho Kronix poco antes.

Seguía sin explicarse el retraso del cargo. No podía haberse equivocado en sus cálculos, y según ellos debiera haber llegado hacía mucho tiempo, incluso antes de verse obligados a utilizar la preciada última reserva de energía.

Pero no había llegado y él ya no podía sostenerse siquiera de pie.

Kronix, con muchos más ciclos que él, había soportado peor y menos tiempo ese vacío de energía. Y ya no existía.

Le hubiera gustado acabar de otro modo, y sobre todo después de haber logrado lo que ambicionaba por encima de todo: El mando absoluto de un cargo.

No había sido posible.

Pero ellos habían fracasado. Debían haber equivocado la ruta. O podían haber sucedido tantas cosas imprevistas en el largo viaje...

Por un instante recordó a Tau y sus machacones consejos. Ojalá los hubiera seguido, porque ahora le restaría energía suficiente para esperar un poco más. Pero Tau se había mostrado tan esquivo, tan enigmático... era como si se resistiera a examinar a los seres del planeta azul. O por lo menos, como si no quisiera comunicarle los resultados del examen.

Aunque, después de todo, también él desaparecería. Tal vez le quedara un resto de energía, pero en cualquier caso no tendría suficiente para aguardar tanto tiempo.

Las piernas le fallaron y se desplomó sobre la costra polvorienta del planeta rojo.

Era el fin. Si el cargo hubiese llegado a su debido tiempo...

Se había colocado un delgado cinto plateado en el cual destacaban dos diminutos diales. Con dedos torpes, ya sin fuerza, ajustó el primero.

Luego tanteó el segundo. Le costó un esfuerzo inaudito incluso el breve gesto de moverlo.

Instantáneamente, todo su cuerpo sufrió una atroz contracción, al tiempo que irradiaba como un centelleante resplandor.

Cuando el resplandor se apagó, Khan, el ambicioso cazador de esclavos, ya no existía. No quedaba de él ni la sombra de un rastro.

Sobre la desolada, tétrica y mortal superficie del planeta rojo no quedó nada más que el Explorador, tan inútil sin energía como cualquiera de las rocas que salpicaban aquel mundo de pesadilla y de muerte.

El polvo comenzó a cubrir la nave dándole un tono semejante al del planeta. La luz sucedió a la oscuridad, y ésta a la luz una y otra vez sin que nada alterara la calma de siglos que imperaba en el planeta rojizo.

Luego, al fin, el cargo apareció en el espacio, un punto diminuto perdido en la inmensidad. Luego, a medida que se aproximaba, la inmensa astronave tomaba forma y color.

A pesar de creerlo perfectamente inútil, esta vez el gobernante envió cuatro Exploradores por delante, detuvo el cargo y esperó.

Las cuatro pequeñas naves volaron raudas como centellas por encima de la agrietada superficie de ese mundo que llenaba de decepción a los cazadores.

Al fin enviaron su informe definitivo: No había el menor rastro

de vida de ninguna clase. El calor era tórrido, y habían localizado el Explorador de Khan, aunque sin distinguir ninguna actividad a su alrededor.

Majestuosamente, la astronave gigante descendió sobre el planeta, posándose en la superficie a corta distancia de la nave de Khan, ahora cubierta de polvo.

El gobernante designó una nueva tripulación que se hiciera cargo de ella, comprobó una vez más que los informes registrados de Khan no mencionaban en absoluto la posición del planeta azul explorado por Tau y Koomz, y tras esto dio órdenes de que se lanzaran llamadas urgentes por si contra todo pronóstico, Tau hubiera logrado sobrevivir a la falta de energía.

Por descontado, el gobernante no estaba dispuesto a regresar a la estrella Groomgold con las manos vacías.

CAPÍTULO XIV

Dan se deslizó cautelosamente hacia el garaje. Por enésima vez, había sorprendido el furtivo movimiento de Tau entrando allí cuando creía que él y Theda estarían durmiendo o haciéndose el amor.

El hombre de las estrellas estaba inclinado sobre el motor. Desde el resquicio de la puerta, el capó levantado ocultaba en parte los manejos de Tau, pero de nuevo había adoptado su estructura transparente y estaba allí, rígido, inmóvil como una estatua.

Con las mismas precauciones que un ladrón, Dan entró en el garaje. Sus pies calzados con cómodos mocasines no hicieron el menor ruido.

Así pudo ver las manos de Tau, apoyadas sobre el cilindro de alimentación de la turbina.

Se quedó atónito ante semejante actitud. Esperó, oculto por la sombra de la puerta, y cuando el extraño se irguió, separando las manos de aquel inusitado apoyo, dijo:

—¿Puedes explicarme de una vez qué significan todos esos manejos, Tau?

Si éste se sorprendió por su inesperada presencia no dio ninguna muestra de ello. Se limitó a mirarle y replicó:

—Hemos dedicado mucho tiempo a espiarnos unos a otros...

—No me importa que nos hayas espiado, ni siquiera cuando estábamos en la cama Theda y yo. Supuse que para ti éramos un misterio y lo comprendo. Pero creo que ha llegado la hora de que tengamos una explicación tú y yo, después de tanto tiempo.

El extraterrestre asintió lentamente, apartándose del coche. Se detuvo delante de Dan mirándole fijamente.

—Te lo diré — dijo—. Te explicaré todo lo que quieras saber. No

va a gustarte. No me gusta a mí y aún no puedo comprender por qué he cambiado hasta ese extremo.

—No entiendo nada.

—Antes de hablarte de lo que debería callar, dime una cosa, Dan… ¿Cuánto tiempo tardarías en conseguir varias cargas de esa energía que alimenta el motor de tu coche?

—El tiempo de ir a Santa Pe y volver. ¿Por qué?

—¿Diez cargas? Diez, Dan. ¿Puedes conseguirlas?

—Con diez podrían funcionar dos coches durante un siglo. ¿Para qué diablos necesitas toda esa energía nu…? ¡Energía!—exclamó de pronto, estupefacto—. ¡Quieres la energía para tu nave!

—Y para mí, Dan. Si no hubiese descubierto esa fuente de energía en tu coche, yo ya no existiría haría mucho tiempo. Algo ha sucedido que retrasó el cargo… Dime, ¿puedes hacer eso por mí?

—Naturalmente que sí, pero me asombra que la energía nuclear pueda mover tu nave… y alimentarte a ti, por decirlo de algún modo. A nosotros nos mataría si llegara a contaminarnos aunque fuera por breve tiempo. Por eso va encerrada en esos cilindros de metal protegidos interiormente por una gruesa capa de plomo.

-Toda esa envoltura no es suficiente para aislarla del todo. Yo puedo captarla, muy débilmente, es cierto, pero suficiente para conservar la vida.

—Te comprendo, pero no entiendo nada de todo ese proceso. Lo que sí entiendo es que quieres poner en marcha tu nave y partir.

—He de hacerlo.

—¿Por qué? La hemos camuflado bastante bien para que no sea descubierta a menos de pasar a corta distancia de ella.

—Eso es parte de la explicación que pedías antes.

—Y que sigo esperando.

—Ven.

Tau echó a andar hacia donde estaba el Platillo Volante.

Realmente, era difícil distinguirlo tal como lo habían disimulado. Los dos entraron por la escotilla. Dan pensó que era la primera vez que Tau le admitía en el interior de la nave.

La escotilla se cerró sobre sus cabezas. Tau señaló un asiento y dijo:

—Siéntate. Vas a saber cuál era mi verdadera misión cuando vine a este planeta. Ahora todo es más difícil de lo que imaginé

nunca, y no sólo eso, sino que me gustaría poder anular lo que dije a Khan hace tiempo.

—¿Quién es Khan?

—Otro explorador. El descubrió un mundo rojizo, pero allí no hay vida de ninguna clase.

—¿Rojizo? ¡Estás refiriéndote a Marte!

—No sé qué nombre le habéis dado. El se quedó allí, tan escaso de energía como yo mismo, pero el cargo debió reponerle toda la que necesitaba. Ahora, ya saben que este planeta está habitado por seres inteligentes y hábiles.

—¿Y qué con eso? Me parece una gran cosa, un fantástico acontecimiento. La Tierra podrá establecer relaciones con otros mundos de la Galaxia y...

—No lo entiendes, Dan.

—¿Qué es lo que no entiendo?

—Ellos vendrán aquí.

—¿Y eso te parece malo?

—Lo es para vosotros. Vendrán a cazaros, a capturar el mayor número posible de hombres como tú y mujeres como Theda.

Dan se estremeció.

—Te ruego que me aclares eso, Tau. Nadie puede pretender que los seres humanos se puedan cazar como animales en la selva.

Tau se echó atrás en su asiento. Era la primera vez desde que le conocía que Dan le veía alterado. Hasta entonces había creído que el ser de las estrellas era incapaz de sentir ninguna clase de sentimiento, y mucho menos de expresarlo. También en eso se había equivocado.

—Por favor — dijo—, sigue hablando, Tau.

—Yo debía explorar este planeta, examinar a los seres vivos que encontrase y comprobar si eran aptos para ser utilizados en Groomgold. Lo hice en otras ocasiones, aunque siempre con seres apenas desarrollados, primitivos. Los necesitamos en Groomgold, así que era preciso. Aquí pensé hacer lo mismo, sólo que no necesité realizar examen alguno. Y transmití el informe al otro explorador. Vosotros erais los seres más inteligentes y desarrollados de cuantos habíamos encontrado jamás desde que existe la vida en mi estrella. Y los más numerosos también.

—Más despacio, por favor. Estás diciéndome que tu trabajo y el

de otros habitantes de tu mundo consiste en cazar seres inteligentes, vivos, para llevarlos a tu mundo. ¿Es así?

—Exacto.

—¿Para qué?

—Para la extracción del antiorium.

—Más claro.

Ahora, la voz de Dan se había endurecido profundamente.

—El antiorium es la materia de la que extraemos nuestra energía. Todo Groomgold vive gracias a esa energía, con ella se alimenta toda nuestra organización, desde los estabilizadores de clima hasta los transportes. Es una energía casi idéntica a la que tú llamas nuclear.

—¡Maldita sea, sigo sin entenderlo! Si es así, nosotros la obtenemos del uranio, y lo extraemos sin ningún problema, no necesitamos capturar seres de otra Galaxia para que nos hagan el trabajo.

—Porque esa materia es diferente del antiorium en su estado primario. Para utilizarlo convertido en energía debe ser sometido a un largo y complicado proceso de purificación. Se obtienen así diferentes intensidades de energía, adaptadas a cada necesidad, desde la más poderosa que estabiliza el clima de todo nuestro mundo, hasta la que absorbemos nosotros para vivir.

—¡Termina! ¿Por qué no extraéis vosotros mismos esa materia, el antiorium, como hacemos nosotros con el uranio?

Tras una vacilación, Tau dijo suavemente:

—Porque si nos expusiéramos a las intensas radiaciones de las minas moriríamos en muy poco tiempo.

—Bueno, y los seres de otros mundos, ¿no mueren?

—Sí, en menos tiempo que nosotros. Nuestra estructura liviana permite eliminar parte de las radiaciones. Los cuerpos sólidos, de piel dura de esos seres, no las eliminan, sino que las absorben, acumulándolas. Y mueren.

El horror dejó mudo a Dan durante un buen rato. Sus ojos se habían vuelto duros, llenos de cólera.

—¡Sacrificáis miles de esclavos en un trabajo mortal, sólo para conservar vuestro poder!

—No queremos ningún poder, Dan. Sólo queremos vivir.

—A costa de miles de muertos.

—Hasta ahora, nunca me había preocupado por eso. Eran necesarios para nuestra supervivencia, como para ti es necesario alimentarte y respirar, eso era todo.

—Es lo más horrendo que he escuchado en mi vida.

—¿Te arrepientes de haberme salvado la vida ahora que lo sabes?

—No lamento haberte salvado. Lamento que te quedaras.

—Claro. Por eso quiero marcharme cuanto antes si tú me consigues esas cargas de energía. Puedo adaptarla fácilmente al sistema de propulsión de mi Explorador.

—Te las conseguiré por la mañana, sin embargo no hemos terminado todavía tú y yo.

—Puedes entregarme a tus autoridades, si eso ha de hacer que te sientas mejor.

—¿No ofrecerías resistencia? Tau titubeó.

—No me serviría de mucho — dijo al fin—. ¿Qué más quieres saber?

—Lo de ese informe que diste a tu compañero, ese Khan de que hablaste antes. Según dijiste, gracias a él las naves de tu mundo vendrán a capturarnos...

—Si te sirve de consuelo, me maldigo a mí mismo por haber cumplido con mi deber. Desearía que ellos no supieran la verdad, porque en este caso podría mentirles. Y te juro que sería la primera vez en toda mi vida.

—¿Por qué ese cambio? No creo que un cazador experto como tú tenga conciencia.

—Cálmate, Dan.

—¡Cálmate, un demonio! Te salvamos la vida, te dimos nuestro afecto, te admitimos en nuestra casa sin reservas y con ello te brindamos una sincera amistad. Todo nuestro deseo era ayudarte en todo lo que estuviera en nuestra mano, incluso para que te adaptaras a nuestro mundo si decidías quedarte aquí, manteniendo en secreto tu identidad. Y entre tanto tú nos vendías. Es una traición cobarde y vil, Tau. Un comportamiento repugnante.

El ser de las estrellas no replicó, limitándose a mirarle un largo rato. Luego, con voz apenas audible, dijo:

—Quisiera poder darte todo eso y más. A ti y a Theda. No puedo explicarte qué me ha pasado porque yo mismo no lo comprendo.

Pero sí debes creerme cuando te digo que todo lo que vosotros me disteis hizo que yo empezara a experimentar sentimientos que antes nunca había sospechado que existieran. Y que no existen en mi mundo, quizá porque los sentimientos, como tú y Theda me lo habéis hecho comprender, no sirven para nada práctico ni útil, por lo menos en Groomgold. Pero aquí he vivido la ternura de dos seres que aman. Antes ni esa palabra existía en mi vocabulario. Os he visto amaros, he visto vuestras caricias. He besado a Theda. En cierto modo he llegado a formar parte un poco de cada uno de vosotros, os he amado según entendéis el amor. Y os he traicionado. Si decirte cuánto lo siento y cuánto me odio por ello sirviera de algo lo diría.

Dan se encontró sin palabras. La voz del extraño rezumaba amargura, una amargura profunda y terrible a la vez.

Cuando recobró el don del habla murmuró:

—¿No existe ningún modo de evitar que tus semejantes nos ataquen, Tau?

—Ninguno. Hubiera podido evitarse si no existiera el informe que transmití, y aún así, el gobernante exigiría un examen de los habitantes de este planeta... Pero existe ese informe.

—Ya veo. Habré de denunciarlo, Tau. Tus camaradas habrán de pelear a muerte porque el hombre es un ser destructivo por naturaleza y estamos acostumbrados a la guerra. No podrán cazarnos vivos.

Tau asintió.

—Lo comprendí demasiado tarde, pero aunque ellos lo comprendiesen eso no evitaría que vinieran aquí.

—Entonces, lo siento por ellos. Y por todos nosotros — añadió con profunda tristeza.

—Dan...

—No le digas nada a Theda de todo esto. No quiero que sufra por anticipado. Por la mañana te conseguiré esas cargas y podrás ir a reunirte con los tuyos. Ahora, abre la escotilla y déjame salir de aquí.

Tau titubeó. Luchaba por encontrar palabras con que hacerse comprender, con que expresar los sentimientos que habían nacido en él a medida que transcurría el tiempo en compañía de los dos seres que le habían dado amistad y amor.

Todo lo que hizo fue abrir la escotilla y contemplar cómo Dan abandonaba la nave sin una palabra de despedida.

CAPÍTULO XV

El visor se iluminó, arrancando a Tau de sus solitarias meditaciones. Dio un respingo y ajustó los controles hasta que vio aparecer el busto transparente del gobernante.

Este dijo:

—Nos ha costado mucho establecer esta comunicación, Tau.

—Pensé que ya no regresaban después de tanto tiempo.

—Nos retrasamos. Pero teníamos la ruta precisa para llegar hasta el planeta explorado por Khan y Kronix y al fin pudimos localizarlo.

Tau suspiró. Lo que tanto había temido sucedía al fin.

—¿Han recibido el informe de Khan?

—No. Ni él ni Kronix existen. Agotaron toda su energía mucho antes de nuestra llegada.

Tau se irguió en el asiento. La voz del gobernante añadió:

—Lo único que Khan anotó al principio fue que tú habías descubierto un planeta habitado. ¿Es eso cierto?

Tau tardó en responder. La voz impaciente de su superar insistió:

—Hay seres vivos en ese planeta, Tau?

—Sí...

—¿Inteligentes, pueden ser utilizados?

Tau hubiera deseado dejar de existir en ese mismo instante. Luchaba contra el raudal de sentimientos y lealtades que le atenazaban en contradictorias decisiones. Decisiones que debía tomar sobre la marcha.

De pronto dijo:

—No.

—¿No qué? — exclamó el gobernante—. ¿Qué te ocurre, Tau, es

debido a la falta de energía?

—No me falta energía, gobernante. No la utilizamos para llegar aquí. Este planeta posee una fuerza de atracción tan poderosa que nos llevó por sí sola, y una atmósfera densa que hizo inútil los motores, aunque al final tuvimos una caída violenta. Koomz murió.

—Comprendo. Estábamos hablando de los seres de ese planeta...

—No son inteligentes, gobernante. En realidad son primitivos, rudimentarios. No aprenderían nunca para trabajar en los yacimientos.

—Eso habré de decidirlo yo, Tau. Quiero que coloques a uno de ellos en el circuito de examen para comprobar los resultados.

—Habré de buscarlo y capturarlo, gobernante.

—Muy bien, no importa esperar.

La pantalla se oscureció y Tau se encontró maldiciéndose en todos los tonos.

Lo había intentado, se repetía una y otra vez. Había intentado evitar la masacre de seres humanos y la muerte de muchos de sus semejantes.

Y había fracasado.

¿A quién colocaría en el circuito de examen, a Dan, a Theda quizá? Ella sería capaz de besarle mientras estuviera utilizándola para condenar a la violencia y a la muerte a buena parte de sus semejantes.

Se levantó, rígido, y salió a la noche. Había luces encendidas en la casa. Tal vez estuvieran amándose como tantas veces, o quizá Dan le contase a la muchacha la verdad sobre la vil traición de que habían sido víctimas.

Apenas sin proponérselo, Tau echó a andar hacia la casa. Los dos jóvenes estaban en la terraza, aunque en silencio, como gozando del cálido aire del desierto.

Dan no se movió cuando le vio entrar. Theda dijo:

—Siéntate, Tau... ¿No podrías adoptar nuestra apariencia? No puedo acostumbrarme a verte tal como eres.

—Dan, ¿no te ha contado nada?

Dan dio un salto. Theda enarcó las cejas.

—¡Maldito seas! — rugió el pintor—. Te pedí que no le dijeras nada a ella.

—Todo ha cambiado, Dan. Acabo de recibir una orden. El cargo

está en el planeta rojo, esperando.

Dan se estremeció, incapaz de articular una palabra. Theda les miraba alternativamente.

—He de colocar a un habitante de este planeta en el circuito del Explorador para que sea examinado por el gobernante. Quiere saber si son seres inteligentes, si son desarrollados, si podrán ser utilizados...

—¿Piensas colocar a uno de nosotros? — rechinó Dan entre dientes.

—Necesito ayuda, Dan, por eso he venido.

—¿Más todavía? Theda dijo:

—¿Puedo saber qué está sucediendo? No le hicieron caso.

Tau dijo:

—Consígueme esas cargas, Dan. Cuanto antes... Ahora si es posible. Despegaré y una vez en el espacio destruiré el Explorador. Es lo único que puedo hacer, créeme.

—¿Quieres decir que te destruirás a ti mismo?

—Sí.

Theda pegó un brinco.

—¡Oh, no! —chilló—. ¡Dan! ¿Qué está pasando aquí?

—¡Cállate!

—¿Qué decides?

—¿Estás decidido a matarte, Tau?

Este asintió. Ahora parecía más tranquilo que poco antes.

—Iré a Santa Pe ahora mismo — decidió Dan—. Veré donde consigo esas cargas a semejantes horas de la noche, porque todo estará cerrado, pero de algún modo lo arreglaré.

Tau iba a replicar cuando se quedó con la boca abierta, mirando a Dan con extraña fijeza. Este gruñó:

—Y ahora, ¿qué te ocurre?

—Santa Fe...

—Es allí a donde debo ir si quieres esas cargas.

—¡Dan, podemos salvarlo todo! Evitar que ellos vengan, evitar que haya una catástrofe en tu planeta... ¡Podemos conseguirlo, Dan!

—Ya me dirás cómo, porque a mí no se me ocurre nada. Tus camaradas están en Marte, aguardando, y tan pronto examinen a un ser humano caerán sobre nosotros como una bandada de buitres.

—¡No, no!

—¿Por qué no? Tau se irguió.

—Iré contigo a Santa Fe. Ahora, Dan, ahora mismo.

—¡Quiero saber qué está ocurriendo!—chilló Theda. Dan la tomó en brazos y la besó fugazmente en la boca.

—Ojalá no lo supieras nunca, pero de cualquier modo te lo contaré cuando regrese...

Los dos se lanzaron al exterior como empujados por el viento del infierno.

CAPÍTULO XVI

El gobernante contempló la imagen del visor y no pudo evitar un gesto de contrariedad. La voz de Tau anunció:

—Puedes examinarlo, gobernante. No ha sido fácil traerlo hasta el circuito. Ya te advertí que no podríamos utilizarlos.

El gobernante ajustó los controles y al instante vio las líneas de luz que incidían en el registro del control. Inteligencia, capacidad mental, habilidad, adaptabilidad a un medio extraño...

Todo negativo.

—Son los seres más rudimentarios de cuantos hemos encontrado nunca — dijo—. Nunca llegarán al menor desarrollo inteligente.

La voz de Tau repitió:

—Ya te lo advertí, gobernante.

—Lástima... será preciso volver a un planeta que descubrimos cuando veníamos hacia esta ruta. Pero son muy agresivos, nos averiaron el cargo con sus armas. Eso delata también que poseen una inteligencia y desarrollo satisfactorio... pero será difícil capturarlos.

La voz de Tau surgió, súbitamente aguda:

—¡Deseo tomar parte en esta expedición, gobernante!

—Por supuesto. ¿Tienes energía suficiente para reunirte con nosotros? De no ser así...

—Puede llegar hasta el planeta rojo sin ayuda, gobernante.

—Bien, esperaremos tu llegada. Ya puedes soltar a ese ser primitivo.

Cerró la comunicación y dio unas órdenes. No le gustaba volver al lugar donde estuvieron a punto de destruirles, pero ahora llegarían allí prevenidos. Estaba seguro que llenarían el cargo aunque fuera preciso aplastar a una parte de los belicosos

habitantes del planeta perdido en la inmensidad de la Galaxia...

* * *

Tau se quedó mirando a Dan, y algo semejante a una sonrisa distendió sus delgados labios.

El pintor se enjugó el sudor de la frente.

—Lo conseguiste — jadeó—. No he padecido unos momentos semejantes en toda mi vida...

Tau liberó los contactos sujetos al gorila sentado en el asiento del circuito de examen. El animal parecía dormido.

—Habrá que llevarlo de vuelta al Zoológico — rezongó Dan—. Me pregunto qué sucederá si me descubren por el camino.

—No. Está muerto, Dan.

—¿Qué?

—Era inevitable. Pude paralizarle para traerlo y mantenerlo vivo mientras el gobernante del cargo le examinaba. Pero su cerebro no pudo resistir la energía paralizante. Está muerto.

—Lo siento... el pobre gorila no sabrá nunca que nos ha salvado de una sangrienta catástrofe... Gracias, Tau. No debí enfurecerme contigo cuando te sinceraste.

—Yo también estaba furioso conmigo. Ayúdame a sacarlo de aquí.

—Lo enterraré en el desierto. No lo encontrarán nunca.

Theda esperaba fuera de la nave. Ahora ya sabía la verdad y no le deseaba a nadie los terribles momentos que había vivido.

—¿Salió bien? — indagó.

—Perfecto, ya no hay nada que temer.

Durante las dos horas siguientes contemplaron el trabajo de Tau para ajustar las cargas de energía a su maravillosa máquina.

Luego, una hora antes del alba, el ser de las estrellas saltó al suelo y se reunió con ellos.

Silenciosos, emocionados, se miraron por espacio de lo que se les antojó una eternidad. El, de nuevo alto, transparente, ágil y arrogante.

—Adiós — murmuró Tau—. ¿No es eso lo que se dice en vuestro mundo?

—Es más hermoso decir hasta pronto — dijo Theda ahogando un sollozo—. Pero ya sé que eso es imposible... ¡Oh, Tau!

Instintivamente se abrazó a él. Las lágrimas corrían por sus

mejillas como un torrente.

Por encima de su hombro, el ser de las estrellas dirigió una mirada a Dan, apurado, tal vez experimentando aquellos sentimientos de que le hablara.

Luego, levantó a la muchacha en brazos y sus labios se unieron apretadamente. Las lágrimas entraron en su boca, salobres y dulces a la vez.

Cuando la depositó en el suelo ella seguía llorando, pero por entre las lágrimas sus ojos chispeaban como las lejanas estrellas a las que Tau iba a encaminarse.

—Dan…

Este estrechó su mano. No dijo nada. Era incapaz de formular una sola palabra.

Tau se encaramó a su nave y antes de desaparecer en la escotilla aún les saludó por última vez. Luego dejaron de verle y ambos retrocedieron alejándose de la portentosa máquina.

Sonó un sordo zumbido que creció en intensidad. De pronto, la nave se despegó del suelo majestuosamente, elevándose como si flotara, poderosa, segura. El zumbido se convirtió en un súbito aullido y, como un relámpago, el Platillo Volante saltó hacia la negra inmensidad del espacio y en un instante fue sólo un punto fosforescente perdiéndose rumbo a las estrellas.

Abrazados, Dan y Theda siguieron el lejano punto luminoso hasta que se desvaneció en la nada, *como* si jamás hubiera existido.

Entonces, sin hablar, sintiéndose extrañamente solos, los dos jóvenes regresaron a la casa del desierto, mientras sus pensamientos volaban siguiendo quizá la ruta de las estrellas.

FIN

3 COLECCIONES APASIONANTES



DIFERENTE

Todo lo que busca
en otras colecciones,
sin encontrarlo

Precio 100 ptas.



SEXY FLASH
SEXY STAR

Dos modernas
selecciones de relatos
erótico-sentimentales,
escritos por los más
expertos autores
del género

Precio en España 40 ptas.

PIDA EJEMPLARES A

PRECIO EN
ESPAÑA
35 PTAS.

EDICIONES CERES, S. A.
Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Impreso en España